
LA SANTA JUANA, TERCERA PARTE

Personas que hablan en ella:

- **Don LUIS**
- **CÉSAR <LI**
- **LILLO**
- **CRISTO, Nuestro Señor**
- **La SANTA**
- **SAN LAUREL**
- **ALDONZA**
- **PEINADO, pastor**
- **Doña INÉS**
- **CRESPO, pastor**
- **MINGO, pastor**
- **BERRUECO, pastor**
- **Don JORGE**
- **MARÍA, monja**
- **La VIRGEN, Nuestra Señora**
- **El NIÑO Jesús**
- **El ÁNGEL de la guarda**
- **Otra MONJA**
- **Una NIÑA**
- **Un ALMA**

ACTO PRIMERO

*Salen don LUIS y CÉSAR, como de
noche*

LUIS: ¿Hay más de eso?

CÉSAR: ¿Es esto poco,

don Luis, para obligaros
a la razón que os provoco?
¿No basta para apartaros
de ese pensamiento loco
el saber cuán adelante
ha estado mi amor constante
y que fui favorecido
poco menos que un marido
y mucho más que un amante?
¡En un año que he gozado
el dulce entretenimiento
que ya niega a mi cuidado,
mil veces mudé el asiento
desde la silla a su estrado,
y en él dando a mis amores
esperanzas en favores
de cintas, guantes, cabellos,
he alcanzado otros por ellos,
no sé si diga mayores.
Esto es cierto; averigüadlo,
y si veis que vuelve atrás
vuestro crédito, dejadlo.

LUIS: ¿Tenéis que decirme más?

CÉSAR: Harto os he dicho, miradlo.

LUIS: Ya lo he visto, y como es
el amoroso interés
feria de cambios y trazas,
sabéis mucho en sus trapazas,
que sois, César, ginovés.

Ya sé que vuestras porfías
 por remediar vuestros daños
 inquietan las dichas mías;
 que son propios los engaños
 en guerras y en mercancías,
 y como es guerra el amor
 y mercancía la mejor
 que pone el gusto en su tienda,
 por quedaros con la hacienda
 dais hoy en enredador.

Pero no habéis de tener
 mucha ganancia conmigo,
 que es necio, a mi parecer,
 quien fía de su enemigo
 o cree a su mercader.

Doña Inés es principal
 y discreta, y siendo tal,
 cuando algún favor os diese
 no haría cosa que estuviese
 a su reputación mal,
 y a hacerla vos, en efeto,
 de cuatro eses con que han dado
 fama al amante discreto,
 la mejor habéis borrado,
 que es la "ese" del secreto;
 y a quien no sabe guardalle
 hace bien en desprecialle
 y echar de la voluntad
 a quien, quizá sin verdad,
 sus faltas echa en la calle.

CÉSAR: Refrenad la lengua airada,
 que en un caballero es mengua
 el no tenerla enfrenada,
 y contra una libre lengua
 suele ser lengua la espada;
 que no sin causa parece
 lengua el acero que ofrece
 venganza que a la honra sigue,
 porque una lengua castigue
 lo que otra lengua merece.

Y si el término os provoca
de mi trato cortesano,
responded por lo que os toca
con la lengua de la mano
y dejad la de la boca.

Yo ha un año que a doña Inés
pretendo y sirvo y después,
puede ser que por venganza
de celos o de mudanza,
que es mujer, y ella lo es,
dicen que da en admitiros
y en olvidarse de mí.

Yo he venido a persuadiros
con término honrado aquí,
mas pues no basto a advertiros
cosas que pusieran tasa
en el amor que os abrasa,
a ser más considerado,
hoy vengo determinado
a que no entréis en su casa.

Mi resolución es ésta,
la vuestra haced manifiesta
luego, que de no lo hacer,
la espada sola ha de ser
quien me ha de dar la respuesta.

LUIS: A estar en otro lugar
y no en la calle y la puerta
de mi casa, sin hablar,
respuesta os diera tan cierta
como lo es vuestro pesar;
pero en otro más capaz
a vuestro amor pertinaz
responderé por borrarle,
que es el reñir en la calle
llamar a quien ponga paz.

CÉSAR: Yo no tengo sufrimiento
para tanta dilación,
y así, aquí vengarme intento.

LUIS: Castigara mi razón
vuestro mucho atrevimiento.

Riñen. Sale don DIEGO, viejo

DIEGO: ¿Qué es esto? ¿Agora pendencia,
y en la calle? Don Luis,
ten respeto a mi presencia.
Señor, tened, si os servís,
a mi vejez reverencia.
 Loco, sosiégate ya,
mira que tu padre está
embotando a tu rigor
los filos. Señor, señor,
sosegaos.

LUIS: Entraos allá,
padre, no deis...

DIEGO: Tente inquieto.

LUIS: Si os pierdo el respeto.

DIEGO: Impida
mi amor tu enojo indiscreto.

LUIS: ¡Oh!

DIEGO: No pierdas tú la vida
y piérdeme a mí el respeto;
y vos, señor caballero,
templad el airado acero;
si a esto un viejo padre os mueve
en esta agua, en esta nieve.

LUIS: Ya yo os advertí primero
que no hace el valor alarde
cuando riñe donde acuda
gente que su vida guarde,
y que siempre pide ayuda
de aquesa suerte el cobarde.

 Ya veis de eso prueba llana;
yo os avisaré mañana
donde, sin impedimento,
nos veamos.

CÉSAR: Soy contento.

DIEGO: De su mocedad liviana
algún mal suceso espero.

LUIS: ¡Oh, qué importuna vejez!

DIEGO: Tenme respeto.

LUIS: No quiero.

Vase don LUIS

DIEGO: ¡Quiera Dios que alguna vez
no lo pagues! Caballero,
no os vais, esperad un poco,
si con ruegos os provoco.

CÉSAR: Ya yo os espero admirado
de que a padre tan honrado
desprecie un hijo.

DIEGO: Es un loco.

CÉSAR: Quien tan poca reverencia
tiene a su padre no hay duda
que morirá en la pendencia
mañana, pues en mi ayuda
ha de ser su inobediencia.
¿Qué es, señor, lo que mandáis?

DIEGO: Que la causa me digáis
de este enojo. ¿Es por el juego?

CÉSAR: Todo es uno, luego y fuego,
si una letra les mudáis;
fuego es amor, y amor es
ocasión de esta pendencia.
Yo quiero a una doña Inés,
tan bella, que en su presencia
el sol se postra a sus pies;
tan rica, que su caudal
es a su belleza igual;
tan noble, como notable
en hacienda, y tan mudable,
como bella y principal;
un año ha que la he servido
dando el fuego que me abrasa
tantas muestras, que he tenido
en su calle y en su casa
parabienes de marido;

porque, aunque es tal doña Inés,
la corte sabe quién es
mi linaje y la nobleza
que se iguala a mi riqueza.

DIEGO: ¿No sois César, ginovés?

CÉSAR: Para serviros.

DIEGO: La fama
que en Madrid todos os dan
tanto os celebra, que os llama
rico, discreto, galán,
y digno que cualquier dama
de vuestro amor sea testigo.

CÉSAR: Hacéisme merced.

DIEGO: No digo
sino sólo lo que sé.

CÉSAR: Estos favores gocé
un año; pero, en castigo
de lo que nunca he pecado,
mudóse por persuadirme
la variedad de su estado;
mas, mujer y un año firme,
¿a quién no diera cuidado?
Supe que quien eclipsaba
la luz que mi amor gozaba
era don Luis; pedíle
me escuchase, persuadíle
cuán mal a su honor estaba
su pretensión amorosa,
porque amar a doña Inés
y no amarla para esposa
no es posible, y esotro es
empresa más peligrosa.

Fue la respuesta, en efeto,
no con el justo respeto
y valor que merecía
mi término y cortesía,
mas no hay enojo discreto;
obligóme a desafiarme,
no reparando en que estaba
a su misma puerta y calle;

llegastes, y aunque bastaba
 vuestra vista a sosegalle,
 hizo su cólera prueba
 de la inobediencia nueva
 con que ciego os respondió,
 y quien a vos se atrevió,
 ¿qué mucho que a mí se atreva?
 Éste es, señor, el suceso
 y ocasión de esta pendencia.

DIEGO: Luis es mozo y travieso;
 y de su poca experiencia
 se arguye su poco seso;
 y pues en vos resplandece
 lo uno y otro, si merece
 obligaros mi vejez,
 tened a raya esta vez
 la furia que os embravece,
 que yo haré que don Luis
 no hable con esa dama
 por quien con él competís.

CÉSAR: Mal reprimiréis su llama,
 pues que tan mal reprimís
 la libertad con que os trata.

DIEGO: No importa, que amor dilata
 las leyes entre hijo y padre,
 y en su rostro el de su madre,
 que esté en el cielo, retrata.
 Es mi único heredero,
 y aunque me pierde el decoro,
 no os espante si le quiero,
 que en su juventud de oro
 dora mi vejez su acero.
 Si esta razón es bastante
 no ha de pasar adelante,
 César, aquesta quistión.

CÉSAR: Como la reputación,
 que a un hombre es tan importante,
 no pierda en mí su valor,
 y él deje su intento, digo
 que, por serviros, señor,

desde hoy en nombre de amigo,
trueco el de competidor.

DIEGO: Dadme esos brazos por él,
y de este enojo crüel,
una amistad nazca nueva.

CÉSAR: Y el alma en ellos, en prueba
de que soy su amigo fiel
y hijo vuestro, si por vos
deja aquesta competencia.

DIEGO: No la tendréis más los dos.

CÉSAR: Yo fío en vuestra prudencia.

DIEGO: Bien podéis.

CÉSAR: Adiós.

DIEGO: Adiós.

Vase CÉSAR

DIEGO: Si la imagen al espejo
causa amor tan excelente,
como a la experiencia dejo,
siendo sólo un accidente
que pinta el cristal reflejo,
¿qué mucho llegue a querer
un padre a un hijo en quien ver
pueda, no como en cristal,
su retrato accidental,
sino su sustancia y ser?

No tengo más de este hijo
y si la vejez desea
hacer que en tiempo prolijo
su memoria eterna sea,
y, como Séneca dijo,

"Por eso el viejo edifica
para que en lo que fabrica
viva su memoria quede,"
¡con cuánta más razón puede
si en hijos su amor aplica
eternizar su blasón
sin que el olvido le ultraje,

pues solos los hijos son
para gloria de un linaje
su eterna conservación!

Mil travesuras consiento
a don Luis, y aunque siento
que lo hago mal, el amor
de las manos de el rigor
quita el castigo violento.

Salen LILLO y don LUIS

LILLO: No estuviera yo delante
y de carrillo a carrillo
llevara un pasa volante
con que diera al diablo a Lillo
y olvidara el ser amante.

LUIS: ¿Eres valiente?

LILLO: ¿Eso dices?
¿No he hecho yo porque autorices
mis lacayas maravillas
que, como hay adoba sillas,
hay aquí adoba narices?
¿Qué cara no he sobreescrito
cual si fuera sambenito,
donde quien verlo desea
en sus puntadas no lea
Lillo me fecit escrito?
Vive Dios, si el ginovés
delante de mí te hablara
que de un tajo o de un revés
la cabeza le enviara
rodando hasta doña Inés.

LUIS: ¡Ay, fanfarrón!

LILLO: No profeso
menos que hazañas...

DIEGO: ¿Qué es eso,
Luis? ¿Dónde vos tan tarde?

LUIS: Voy a buscar un cobarde.

DIEGO: Si fueras a buscar seso
no hicieras mal. ¿Qué locuras
son estas que, a mi pesar,

y por matarme procuras?
 ¿Qué es esto? ¿En qué han de parar,
 Luis, tantas travesuras?

¿Por qué usas mal de mi amor?

¿Por qué malogras la flor
 de tu edad desbaratada
 para que, en agraz cortada,
 me des vejez con dolor?

Trújete de Torrejón,
 donde naciste, y mi hacienda
 te ha dado su posesión
 por verte correr sin rienda
 tras una loca afición

de una villana, instrumento
 de mi deshonra y tormento,
 pues de suerte te ha cegado
 que me dicen que la has dado
 palabra de casamiento.

Este peligro evidente
 remedié, que tu muerte era,
 porque en Torrejón su gente
 ni libertades espera
 ni atrevimientos consiente.

Trújete a Madrid, y apenas
 limpié a mis primeras penas
 el llanto, cuando ya fundas
 mi muerte con las segundas,
 que darme la muerte ordenas.

Como sin madre quedaste
 en edad tierna y temprana,
 casi en brazos te criaste,
 Luis, de la Santa Juana,
 en quien mejor madre hallaste.

No te espantes si me espanta,
 hijo, que de virtud tanta
 sacases tan poco seso
 y salieses tan travieso
 de los brazos de una santa;

aunque de esta justa queja
 tu contraria inclinación

desengañado me deja,
que no es oveja el león
por darle leche una oveja.

En cuantas cartas me escribe
esta santa me apercibe
el riesgo y peligro en que anda
quien como tú se desmanda
y tan sin prudencia vive.

Dice que no te consienta
tanta libertad, que impida
con tus locuras mi afrenta,
y tema el dar de tu vida
a Dios rigurosa cuenta;
mas mi paterna afición
rompe por todo, razón
es que de tu vida loca
te duelas.

LUIS: Otra vez toca
con tiempo, padre, a sermón,
y predica algo más corto;
¡quizá me convertirás!

DIEGO: Cuando con amor te exhorto
¿esa respuesta me das?
¿Tan poco, Luis, te importo
que verme muerto deseas?
Ruego al cielo que lo veas
presto, pues te canso tanto.

LUIS: ¡No faltaba más de un llanto
ahora!

LILLO: Señor, no seas
de esa condición; ya ves
que le enojas si replicas;
llega y bésale los pies.

LUIS: Pues ¿también tú me predicas?

DIEGO: ¿Quién es esta doña Inés
que de nuevo te enloquece,
y con pendencias te ofrece
la muerte?

LUIS: ¿Quién ha de ser?
¿Querer bien a una mujer

es milagro?

DIEGO: Bien parece,
que eres mozo.

LUIS: Y tú eres viejo.
¿Parécete real consejo
si me casa mi ventura
con la hacienda y la hermosura
de una mujer que es espejo
de toda la corté? Acaba.

DIEGO: En mujer empleas tu gusto
de quien otro hombre se alaba
más de lo que fuera justo;
ya esto sólo te faltaba.

LUIS: César esa fama ha echado
por verse menospreciado,
que doña Inés no es mujer
que le había de aborrecer,
habiéndole una vez dado
prendas ilícitas.

DIEGO: Muda
de parecer y afición,
pues mi experiencia te ayuda,
don Luis, que no es razón
casarte tú en esa duda.

La honra es luz de la vida
que hace la fama lucida;
mas con tal riesgo se trata,
que un soplo sólo la mata
si no está bien encendida.

César a probar se obliga
lo que no es bien que yo crea;
pero, para que se siga
tu afrenta, cuando no sea,
basta, Luis, que se diga.

Esta vez tu afición ciega,
pues tu padre te lo ruega,
hijo, tienes que dejar.
Damas hay a quien amar;
sirve, ronda, gasta, juega
y desperdicia mi hacienda,

como no arriesgues la vida,
 que corre a morir sin rienda.
 César me tiene ofrecida
 su amistad como no ofenda
 tu amor el suyo. Por mí,
 ¿no harás esto?

Habla aparte LILLO a don LUIS

LILLO: Di que sí,
 y después nunca lo hagas.

DIEGO: ¡Qué mal, Luis, mi amor pagas!

LUIS: Digo, señor, que por ti
 ni a doña Inés veré más
 ni con César reñiré.

DIEGO: Júralo.

LUIS: En pesado das.

DIEGO: Jura, acaba.

LUIS: En buena fe.

DIEGO: ¿Ahora escrupuloso estás?

LUIS: ¿No juré? Déjame, pues.

DIEGO: Dios te libre de ocasiones.
 ¿Dónde vas, que la una es?

LUIS: A jugar unos doblones.

(A ver voy a doña Inés.) Aparte

Vase

DIEGO: Quedaos, Lillo, vos.

LILLO: ¿Quién, yo?

DIEGO: Vos, pues.

LILLO: ¿No he de ir con él?

DIEGO: No.

LILLO: Alto, pues, quedome aquí.

DIEGO: En mi casa os recibí
 desde el día que murió
 don Jorge, vuestro señor;
 y aunque sin mi gusto fue,

como os tiene Luis amor,
 mi propio gusto troqué
 por el suyo; aunque mejor
 fuera, según lo que veo,
 no ejecutar su deseo
 ni recibiros así.

LILLO: ¿Qué he hecho yo, pobre de mí?

DIEGO: Que sois mucha parte creo
 en todas las travesuras
 de Luis.

LILLO: ¿Soy yo su ayo
 que a mí culparme procuras?
 ¿Soy más de un pobre lacayo?
 ¿Puédole yo en sus locuras
 ir a la mano?

DIEGO: Los dos
 os entendéis.

LILLO: ¡Plegue a Dios!

DIEGO: Basta. De las mocedades
 de don Jorge y libertades
 os echan la culpa a vos;
 ya sabéis que esto es verdad.

LILLO: ¡Si en amos soy desdichado!

DIEGO: De la poca voluntad
 que en Cubas os han cobrado
 vuestros milagros sacad.

LILLO: Mal me quieren sin razón;
 mas como villanos son,
 dicen que cuando cazaba
 don Jorge gangas, andaba
 tras ellas yo como hurón;
 y alguna causa han tenido,
 que no me quiero hacer santo;
 mas después de convertido
 y muerto don Jorge, es tanto
 lo que estoy arrepentido,
 que, a no importar encubrillo
 y ser soberbia el decillo,
 pienso, señor, que algún día
 verás en la letanía

y calendario un san Lillo.

DIEGO: Págame muy poco yo
de gracias; si no pensáis
mudar de vida, cesó
el salario que ganáis
en mi casa.

LILLO: Aqueso no;
todo lo dicho, señor,
ha sido burlas; mi humor
sabes, yo prometo al cielo
ser desde hoy un san Ciruelo.

DIEGO: Si no ofendiera al amor
que tengo a Luis, de casa
os echara.

LILLO: No ha de ser
tu favor con tanta tasa.

DIEGO: Que vais luego he menester
a Cubas.

LILLO: Señor: repasa
por tu memoria que estoy
tan mal quisto, que si voy
me tienen de mantear
todos los de aquel lugar.

DIEGO: Importa que llevéis hoy,
Lillo, a la beata Juana
un regalo y un papel.

LILLO: Iré, aunque de mala gana.
(Mi sentencia llevo en él. Aparte
¡Oh, qué bellaca mañana,
Lillo, esperáis, si no huís
y a costillas prevenís
las trancas que considero!)

DIEGO: De la santa Juana espero
el remedio de Luis,
que, si cuanto pide alcanza
de Dios, en quien su esperanza
pone, teniendo afición
a Luis, de su oración
se ha de seguir su mudanza.
La carta a escribirle voy.

LILLO: ¡Oh, cuberos enemigos!
temblando de aquí os estoy.

DIEGO: Gran cosa es tener amigos
con Dios.

Vase

LILLO: Afúfolas hoy.

*Vase. Tocan chirimías. Arriba se aparece
CRISTO con una túnica encarnada, como resucitado, y la
SANTA Juana junto a él. Música*

CRISTO: Ya llegó de mi Asunción
el día por ti esperado;
ya las llagas te he quitado
de mi sagrada pasión.
Si por tu importunación,
esposa cara, no fuera,
de por vida te las diera;
mas no las quieres, y ansí
quiero volverlas a mí,
que soy su divina esfera:

SANTA: Eterno Esposo, no están
en mí con vuestra licencia
con la debida decencia
que a su inmenso valor dan.
Francisco, que es capitán
de vuestra iglesia, ése sí
que es digno de el carmesí
de esa amorosa librea,
porque el mundo en ella vea
el fuego que encierra en sí.

En él sus joyas engasta
justamente vuestro amor,
que a mi sentir el dolor
de vuestra pasión me basta.

CRISTO: Juana humilde, esposa casta,

aunque sin llagas estás,
 mis dolores sentirás
 todos los viernes que vivas.

SANTA: Mercedes son excesivas.

No hay, mi Dios, que pedir más.

CRISTO: Y pues hoy es mi Acensión

y al cielo glorioso vuelo,
 quiero dejarte en el suelo
 de mi sagrada pasión
 las insignias. Éstas son.

*Aparécese la cruz y sobre ella la corona de
 espinas y tres clavos*

SANTA: Todo el mundo os engrandezca

CRISTO: Justo es que te las ofrezca.

¿Quiéreslas?

SANTA: Dulce amor, sí.

CRISTO: No hallo fuera de mí
 quien como tú las merezca.

*Pónele la corona de espinas en la
 cabeza*

Esta corona de espinas
 sembró en mi cabeza amor.

SANTA: ¡Ay mi Dios, qué gran dolor!

CRISTO: Mayor que el que en ti imaginas,
 sintió en mis sienes divinas
 mi cabeza delicada.

Dale la cruz en la mano derecha

Esta cruz, esposa amada,
 te doy por más noble prenda.

SANTA: Con tu divina encomienda,

rica quedaré y honrada.

Dale los tres clavos en la mano izquierda

CRISTO: Los tres clavos, Juana cara,
son éstos que a mis esclavos
libraron.

SANTA: Todos tres clavos
poned, Señor, en mi cara,
que ya mi ventura es clara,
pues para que esté a mis pies
la Fortuna, que al través
da con todo, hacéis que pueda,
mi Dios, poner en su rueda,
en lugar de un clavo, tres.

Para alivio de la pena
que siento ausente de Vos,
buenas memorias, mi Dios,
me dejáis.

CRISTO: Sí, que eres buena.

SANTA: Parezco una Santa Elena.

CRISTO: Darte sus insignias quiero.

SANTA: ¿Váisos, Pastor verdadero?

CRISTO: Sí, Juana.

SANTA: ¡Ay, prenda querida!

CRISTO: ¡Ay mi esposa!

SANTA: ¡Ay, mi vida!

CRISTO: ¡Ay, mi oveja!

SANTA: ¡Ay, mi cordero!

*Encúbrese CRISTO y baja la SANTA con las
insignias, y aguárdala abajo el ÁNGEL de la guarda.*

Toquen chirimías

ÁNGEL: ¡Juana mía!

SANTA: Mi ángel fiel,
guarda damas de mi casa,
fénix de amor que se abrasa

como salamandra en él.

ÁNGEL: ¿Contenta estás?

SANTA: Mi laurel,
¿no le he de estar si me ha dado
las joyas mi enamorado
que costaron lo que Él vale,
pues porque el precio le iguale
le han costado su costado?

ÁNGEL: Pues, porque puedas gozar
el bien que en ellos apoyas,
quiero ser tu guardajoyas.
En mi poder han de estar.

SANTA: Pues vos las queréis guardar
mi hacienda estará segura.

ÁNGEL: Dios regalarte procura.

SANTA: ¿Vaisos, Ángel?

ÁNGEL: Juana, sí.

SANTA: Vamos, que no estoy en mí
no viendo a Vuestra Hermosura.

*Vanse. Sale ALDONZA, labradora, con una cesta de
garlamoras, unos manojos de trébol y poleo y otros de
pajuelas, y con ella PEINADO, pastor*

ALDONZA: Persiguióme don Luis
de la suerte que te cuento,
un año, tiempo bastante
para aun quien sintiera menos;
criámonos casi juntos,
y empezando de pequeño
el amor, dicen, Peinado,
que se vuelve en parentesco.
Refrené mi inclinación
por ver que era caballero
y yo labradora humilde,
puesto que Amor es soberbio;
pero como el resistirse
diz que es echar leña al fuego,
abrasábase don Luis

y amábale yo en extremo.
 Dióme un martes en la noche
 palabra de casamiento,
 palabras pagué en abrazos;
 mas fue en martes--¡mal agüero!--
 Vino a saber a este punto
 nuestro amor su padre viejo,
 y remedió con ausencias
 sus daños. ¡Caro remedio!
 Cuatro, leguas de distancia
 mil en su memoria han puesto,
 que es niño Amor y se olvida
 con cualquiera tierra en medio.
 A una doña Inés, que vive
 en esta casa, hace dueño
 del alma que ya era mía,
 y así por mi hacienda vuelvo.
 Ésta es la causa, Peinado,
 de mis celosos desvelos;
 que han de costarme la vida
 como me cuesta el sosiego.

PEINADO: Pardiez, Aldonza, que echastes
 vuestro ciego amor a censo
 en tan malas hipotecas
 que no heis de cobrar a tiento.
 Es caballero don Luis,
 y pagan los caballeros
 tan mal ya deudas de amores
 como deudas de dineros;
 pero, pues no os ha gozado,
 ¿qué hay perdido?

ALDONZA: El sufrimiento,
 las esperanza, los sentidos,
 la vida, el alma, el seso.
 A doña Inés haré creer
 que es mi esposo.

PEINADO: Mas, ¡qué presto
 sabe una mujer forjar
 cuatro docenas de enredos!
 Mas, pues vive aquí la dama

que le quillotra, entrad dentro
y obrad siquiera en pajas;
que en Santa Cruz os espero.

ALDONZA: Prevénme en ella, Peinado,
si no le obligo, mi entierro.

PEINADO: ¡Qué de ellos mueren de amores,
y qué pocos vemos muertos!

*Vanse. Salen don LUIS y doña INÉS
llorando*

LUIS: Enjugad, mi bien, los ojos
sin negarme la luz de ellos,
que, pues son soles, no es bien
que lloren soles tan bellos.
Volvedme a mostrar sus niñas,
pues es niño Amor, juguemos,
que no es bien que se levanten
cuando por ellos me pierdo.
César mintió, ya lo sé,
que alabarse es argumento
de las mentiras, que sabe
fingir el pesar y celos.
¡Ea, no haya más, amores!

INÉS: ¿Cómo, si con vida veo,
don Luis, a un mentiroso
que mi honor y fama ha muerto?
¿Joya es de tan poca estima
la honra, que en detrimento
de su reputación noble
el término que la ha puesto
una lícita afición
había de pasar? ¡Qué presto
os creísteis don Lúís!
Poco amáis y poco os debo.

LUIS: Por la luz de aquesos ojos,
doña Inés, que no lo creo,
y que le desafié
sólo por ese respeto,

y he de matarle esta tarde.

¡Ea, mi bien, acabemos!

¿Somos amigos?

INÉS: No sé.

LUIS: ¿Quién lo sabe?

INÉS: Lo que os quiero.

LUIS: Dadme aquesa hermosa mano,
honraré mis labios.

Asómase al tablado ALDONZA

ALDONZA: Bueno,
porque, celos, cierto veis
dice el mundo que sois ciegos.

Sale ALDONZA

ALDONZA: ¡Ay de mi! ¡Y a las pajuelas!
¿Quieren trébole y poleo,
pajuelas y zarzamoras?

INÉS: ¿Qué es esto?

ALDONZA: ¿Quieren poleo?

INÉS: ¿No hay zaguán en esta casa
para que pregonéis eso
sin entrar aquí?

ALDONZA: ¿Por qué entra,
si sabe, en la iglesia el perro?
Porque halla la puerta abierta;
pues ¿es mucho haber yo hecho
lo que un perro sabe hacer?
¿Quieren trébole y poleo?

INÉS: ¡Ola! salíos allá fuera.

ALDONZA: ¡Ola! digo que no quiero,
que también sé yo olear
sin ser cura ni haber muertos.

INÉS: ¿Quién os mandó entrar aquí?

ALDONZA: Naide, que no hay manamiento
de no entrarás en la casa
de tu prójimo. ¿Ah, mancebo?
Todos estamos acá.

LUIS: ¡Oh Aldonza! Pues ¿qué tenemos?

ALDONZA: ¿Qué sé yo? Pena de ver
que habléis con Costanza. ¡Puerros!
A ella digo. ¿No me compra
zarzamoras?

INÉS: ¡Qué molestos
que son siempre estos villanos!
Ya os digo que no las quiero.

ALDONZA: Pues compradlas vos, buen hombre,
que zarzamoras os vendo,
porque amor en zarzas mora
y así tan picada vengo.

LUIS: Aldonza, no seas pesada.

INÉS: ¿Conocéisla?

LUIS: Mucho tiempo
ha que la vi en Torrejón.

ALDONZA: ¿Mucho tiempo, caballero?
Más ha que murió mi agüelo.
Pero dejémonos de esto
y compradme zarzamoras;
que en mi tierra yo me acuerdo
que andabais en busca de ellas,
y entre las zarzas y enredos
de promesas incumplidas
y favores lisonjeros
llegastes a coger una
que el comerla por lo menos
causó pena y costó gritos.
Súpoos bien y amargóos luego.

LUIS: ¡Oh, qué bachillera estás!

ALDONZA: Y vos sois un majadero,
pues a la corte os venís
por zarzamoras, sabiendo
que aquí no las hay con flor
que se les pierde en naciendo;
y después de desfloradas
andan a la flor del remo;
mas como las zarzamoras
que comistes en mi puebro
la voluntad os mancharon,

y vuestro gusto cumplieron,
 y para quitar las manchas
 de moras no hay tal remedio
 como buscar otras nuevas,
 querréis quitarle al deseo
 la mancha con esta verde.
 ¡Huego en vos y en ella huego
 si os creyere como yo!

INÉS: Geroglíficos son éstos,
 don Luis, no de villana.

LUIS: (¡Qué esto sufro, vive el cielo! Aparte
 Loca, ella me enreda aquí,
 si la escucho y me detengo.
 Quiero ausentarme por ver
 si me sigue, que sospecho
 que el infierno la ha traído
 para fin de mi sosiego.)
 Mi padre me está esperando,
 yo volveré presto a veros;
 no creáis rusticidades
 de villanos.

ALDONZA: Pagaréislo.

LUIS: ¡Villana, si no calláis!

Vase don LUIS

ALDONZA: ¿Amenazas? ¡Lindo cuento!
 ¡Hao! ¿no compráis zarzamoras?

INÉS: Si como zarzas los celos
 despedazan las entrañas,
 zarzas están deshaciendo
 mi engañado corazón
 con espinas de tormentos.
 ¿Qué enigmas son los que has dicho?

ALDONZA: ¿Soy yo tienda de barbero
 que de enigmas se compone?
 La verdad deciros quiero.
 Sabed que a una zarzamora
 picó este tordo en mi pueblo

dándola antes de picarla
 palabra de casamiento.
 Si empalagado procura
 con promesas y embelecocos
 picar en vos, ¡oje allá!
 zarzamora, tened seso,
 que tien ya este tordo torda
 y os quiere burlar aquesto.
 Basta, y ¡já las zarzadoras!

INÉS: Escucha.

ALDONZA: ¿Quieren poleo?

Vase

INÉS: ¡Oh engañoso don Lúis!
 De tu natural travieso
 y mutable condición
 no te esperaba sino esto.
 Aunque tanto te he querido
 no viene tarde el remedio;
 a César dejé por ti,
 desde hoy por César te dejo.
 Hoy daré satisfacción
 a mi venganza y sus celos
 y a mi mudanza disculpa.
 ¡Ay hombres, plumas al viento!

*Vase doña INÉS. Salen la SANTA y
 CRESPO, MINGO y BERRUECO, pastores*

CRESPO: Madre Juana, esto ha de ser,
 que es amparo de Toledo.

SANTA: Nada valgo y poco puedo.

CRESPO: No hay que habrar. Ha de saber
 que si Mari Crespa da
 en rezongas y en porfías,
 aunque habre veinte días
 arreo no callará

si todo el pueblo se junta
y con cura y campanilla
va en procesión a pedilla
que calle un poco.

MINGO: Despunta
de habradora, y es gran mengua
que una mujer habre tanto.

CRESPO: ¡No la diera el cielo santo
almorranas en la lengua!
Vine de la arada ayer
cansado, si en ocasiones
cansan tanto los terrones
como hablando una mujer,
y dije, "¿Qué hay que cenar?"
Dijo, "Olla." "No quiero olla,"
respondí, "si con cebolla
la vaca podéis picar
y her un salpicón." "No quiero,"
respondió, "si que cenéis
olla." "No me reprimáis
ni andemos al retortero,
Crespa de la maldición,"
dije. Y dijo "Heis de cenar
olla, no hay que porfiar."
"No ha de ser si salpicón,"
respondí. "Pues no hay sino olla."
"Pues salpicón ha de ser."
"Pues olla habéis de comer."
Subióse el humo a la cholla
y levantando las haldas
del sayo, con un bastón,
haciéndola salpicón
los güesos en las espaldas,
por más que anduvo la folla
sin decir "Dios sea conmigo,"
daba gritos. "Olla digo,
olla quiero, no hay sino olla."
Y darle que le darás,
ella olla, yo salpicón,
hasta que quebré el bastón

y ella no pudo hablar más.

Pero aunque no pudo hablar,
por salir con su interés,
arrastrando cuerpo y pies
se hué derecha al vasar,
y aunque no podía gañir,
dijo después que se echó
entre las ollas que halló,
"Entre ollas he de morir."

Hice matarla una polla,
por vella tan mal parada
y llevándosela asada,
dijo, "No ha de ser sino olla."

Y tanto en su tema dura,
que habiendo el cura venido,
por decir, "Confesión pido,"
le dijo, "Olla, señor cura."

Ella queda, en fin, de suerte
que hoy se irá, a lo que me fundo,
por ollas al otro mundo
y a mí me piden su muerte,
si no es por vos, madre Juana,
curádmela de tal modo
que, porque sane del todo,
la dejéis la lengua sana.

SANTA: Crespo, el hombre que se casa,
a sufrir está obligado
los defectos de su estado
y las faltas de su casa.

La cabeza no maltrata
ni menosprecia los pies;
curadla, y ved que no es
mala la mujer que trata
bien su honor y le respeta,
y llevad con más amor
faltas que no son de honor;
que no hay cosa tan perfeta
que alguna falta no tenga
en el mundo; regaladla,
hermano Crespo, y curadla,

porque a morirse no os venga.

CRESPO: Si es la lengua cruel veneno
 en la mujer, madre Juana,
 y éste con otro se sana,
 remedio para harto bueno
 por quitarla este quillotro
 que la hiciéramos comer
 la lengua de otra mujer,
 sanara un veneno al otro;
 mas, pues no hay tienda de lenguas
 y me puso esta cruz Dios,
 pedid que la sane, vos,
 que yo sufriré mis menguas.

Sale LILLO

LILLO: (La madre Juana está aquí; Aparte
 con no poco temor llevo.)

SANTA: ¡Oh, hermano Lillo!

LILLO: Don Diego,
 mi señor, que sólo en ti
 puesta su esperanza tiene,
 aquesta carta te envía
 y para la enfermería,
 mientras que a verte no viene,
 un regalo y cien ducados
 de limosna.

SANTA: Siempre da
 con largueza. ¿Cómo está?

LILLO: Con infinitos cuidados
 en que don Luis le ha puesto.

SANTA: Algún mal le ha de venir
 notable por consentir
 que viva tan descompuesto.
 Y el hermano, ¿no escarmienta,
 en dos amos que ha tenido,
 a quien tan mal ha servido?
 ¿No sabe que ha de dar cuenta
 delante el tribunal mismo

de Dios?

LILLO: Soy un mal cristiano
que, pecando en castellano,
he de dar cuenta en guarismo;
pero yo juro la enmienda
si el perdón de Dios me alcanza.

CRESPO: ¡Hao! ¿Ésta es la buena lanza
por quien nuestro honor y hacienda
don Jorge habría destruido
a no morir?

MINGO: ¡Que se atreva
venir aquí!

BERRUECO: Si no lleva
el castigo merecido,
no somos hombres de bien.

CRESPO: Uno trazo que no es malo.

LILLO: En el torno está el regalo
y los dineros también.

SANTA: Vaya, pues, hermano, al torno,
y respuesta llevará.

CRESPO: Y en volviendo por acá
le daremos el retorno
de las burlas que nos debe.

SANTA: La salud pediré a Dios
de vuestra mujer, y a vos
os pido, si la ira os mueve
otra vez, que no deis muestras
de vuestra necia crueldad;
sus faltas disimulad,
pues ella sufre las vuestras.

Vanse la SANTA y LILLO

CRESPO: Yo juro no hella más daño
por que más no nos inquiete;
y nos pague este alcagüete
lo de antaño y lo de hogaño,
un castigo le he de her
con que se acuerde de mí.

Una purga compré.

MINGO: ¿Sí?

CRESPO: Para dar a mi mujer,
que la recetó el doctor
y ella recibir no quiso.

MINGO: Hizo bien.

BERRUECO: Eso la aviso.

CRESPO: Hagamos que este hablador
la tome, y purgue con ella
todas las bellaquerías
que quillotró en tantos días.

BERRUECO: Bien decís.

CRESPO: Pues vo por ella.

MINGO: Andad y buena pro le haga.

CRESPO: En saliendo he de esperar,
que, pardiez, ha de purgar
las entrañas por de zaga.

Vase CRESPO. Sale LILLO

LILLO: (Con la Santa he despachado Aparte
lindamente. Quiera Dios,
Lillo, que os escapéis vos
de este pueblo conjurado;
pero, aquí están; ¿qué he de hacer?)

BERRUECO: ¿Qué hay por acá, señor Lillo?

LILLO: (Hay harto unguento amarillo Aparte
si quieren llegar a oler.)

MINGO: ¿No mos responde?

LILLO: (No puedo, Aparte
que cierta prisa me avisa
que me vaya, y una prisa,
si es de tripas y con miedo,
no repara en cortesías.)

BERRUECO: Pues hoy ha de reparar
en ellas a su pesar.

Detiéndenle

LILLO: (¡Acerté, desdichas mías!) Aparte
Déjenme ir, que siento en mí
temerario desconcierto.

MINGO: No se ha de ir, aquesto es cierto.

LILLO: ¡Por Dios, que me vaya aquí
si no me dejan, señores!

BERRUECO: Alléguese, socarrón;
agora sabrá quién son
de Cubas los labradores;
que no hay plazo que no llegue
ni deuda que no se pague.

LILLO: Ni mujer que no se estrague,
ni sarna que no se pegue...

Sale CRESPO con un vaso

CRESPO: ¡Hao, par Dios, que viene entera!
Buena a mi mujer hallé,
y callando, que no hué
poco milagro.

BERRUECO: Aquí espera
un amigo vuestro.

CRESPO: ¿Es Lillo?
Beso a vuesarcé las manos.

LILLO: Líbreme Dios de villanos.

CRESPO: ¿Qué tiene, que está amarillo?

LILLO: Corrimientos a traición.

CRESPO: Deme ese pulso. ¡Oh qué malo!

LILLO: Mas ¿qué hay receta de palo?

CRESPO: Tenéis grande opilación...

LILLO: ¿Yo?

CRESPO: ...de socarronería.

LILLO: ¿Y querréis darme el acero?

CRESPO: Al menos que purguéis quiero
toda esa bellaquería.

Haceos la cruz y bebed,
que seis reales me costó.

LILLO: Veneno es; mi fin llegó.

BERRUECO: ¿No bebéis?

LILLO: No tengo sed.
Beba vuesarcé primero;
que siempre fui bien criado.

CRESPO: Acabemos.

LILLO: Ya ha llegado
mi muerte; bebiendo muero.
Castigos hay menos malos
sin que la muerte me deis;
riendas y azotes tenéis,
darme podéis dos mil palos;
pero matarme; ¿por qué?

CRESPO: Que no es veneno, traidor,
sino purga que el humor
os cure; yo la compré
por seis reales con intento
de vuestro bien y quietud.

LILLO: Tal os dé Dios la salud
como es vuestro pensamiento.
¡Lástima de mí tened;
mirad que es crüel castigo
el darme veneno!

CRESPO: Digo
que no es sino purga, oled.

LILLO: ¡Puf, qué de ruibarbo
echó el ladrón del boticario!

BERRUECO: Acabad.

LILLO: Extraordinario
castigo el diablo inventó.
Aún no ha entrado y ya me urga
las tripas.

MINGO: Beba.

LILLO: ¿Hay más graves
burlas? ¿Sin darme jarabes
quieren que tome la purga?

MINGO: Ea, que no es más de un trago.

LILLO: De mi muerte lo será;
mas, pues de cámaras va,
hoy de mi cámara os hago.

CRESPO: Acabemos, o si no...

LILLO: Allá va. ¡Jesús, mil veces!

Bebe

MINGO: ¿Embocólo?

CRESPO: Hasta las heces.

LILLO: ¡Mal haya quien te guió
y la especie que te echaron!
Ea, ya podrán dejarme,
pues me obligan a purgarme
en salud; bien se vengaron.
¡Ay! Ya empieza el apretura;
váyanse, porque me voy.
¡Ay, ay, Dios, qué hinchado estoy!
¿No se van? Que de madura
se va cayendo esta fruta.

CRESPO: Sosiéguese.

LILLO: ¿Hay tal tormento?

MINGO: Esmpiece a contar un cuento.

LILLO: ¿Qué cuento? ¡Pese a la puta
que me parió!

CRESPO: Buenos pagos
nos da.

LILLO: ¿Qué os he de pagar?

CRESPO: La purga.

LILLO: Llegá a cobrar.

CRESPO: ¿De dónde?

LILLO: De los rezagos.
¡Ay, ay! ¡Señores, señores,
pues que ya se han burlado harto,
déjenme! ¡Ay!

MINGO: ¿Está de parto?

LILLO: Sí, hermano, y con los dolores.
¿No basta ya la matraca?

CRESPO: ¿Es niño o niña?

LILLO: Será
el diablo, pues sabe ya
antes de nacer la caca.
¡Ay! ¿Mas que han de hacer que hieda

la burla? ¡Ay, no hay que esperar!

Vase LILLO

CRESPO: Un tarugo le he de echar
y atalle por que no pueda
her nada.

BERRUECO: Acabad, dejalde.

CRESPO: Venid, veréis lo que pasa.
¡Alcagüetes, alto, a casa,
que yo os purgaré de balde!

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

Salen don LUIS y ALDONZA

LUIS: Segunda vez me persigues?

ALDONZA: Al Amor pongo por juez,
que solamente una vez
te amé porque me castigues;
un amor, una memoria,
un cuidado y un deseo
es siempre el mío, y no veo
una palabra, una gloria
un favor, una esperanza,
un regalo, una afición,
pues en ninguna ocasión
hallo en tu rigor mudanza.
Castiga, pues, mi porfía
pues tu rigor la condena,
que por librarme de pena
quiero hacer tu culpa mía.

LUIS: ¿Qué te debo yo?

ALDONZA: No sé.

LUIS: Pues ¿qué me pides?

ALDONZA: Amor.

LUIS: ¿Sin deberle?

ALDONZA: No, señor.

LUIS: Luego ¿debo?

ALDONZA: Sí, a mi fe.

LUIS: La fe sin obras es muerta.
Mal fundada deuda cobras.

ALDONZA: Si en mi fe faltaron obras

fue por tu culpa, que es cierta.

LUIS: Bien sé yo que en Torrejón,
patria tuya, heredad mía,
como de burlas tenía
y te mostraba afición;
porque el Amor desterrado
del interés, de Madrid,
se fue con discreto ardid
al campo en que fue criado,
y jugando mano a mano
con los dos junto a una fuente,
sentí un ligero accidente,
que, gloria a Dios, ya está sano.

Cumplió su destierro Amor,
y, al fin, se ha vuelto a la corte
a pretensión que me importe
de más gusto y más valor.

No puedes llamarme ingrato
siendo aquel amor un juego,
pues si gané, te di luego
mil requiebros de barato.

ALDONZA: No da en barato el avaro
amando de cumplimiento
palabra de casamiento,
que así lo barato es caro;
mas como a todas le das
y sé que juegas agora,
vine a ver a esa señora,
y así si me dices más.

Pero, pues me has despedido
cuando tan humilde llego,
entenderé que en el juego
con esa dama has perdido,
y más habiéndome dado
ella de barato un gusto,
que es despreciar como es justo
al que a mí me ha despreciado,
pues dio palabra el Amor
de castigar el mal trato
de cualquier amante ingrato

con otro competidor.

Doña Inés y el interés
me vengan de tu inconstancia,
que en ella, por su ganancia,
es ya su amor ginovés.

César, traidor, te usurpó
la dama que juzgas fiel,
que es César, y como él,
al fin vino, vio y venció.

¡En buen cuidado te he puesto!

LUIS: Solos estamos los dos,
y a los celos, como a Dios,
se les da la fe muy presto.

Dime lo que en eso sabes,
no aumentes más mis enojos,
que en la boca y en los ojos
no sufre la mujer llaves.

Volverte a amar te prometo
si aquesto vengo a saber.
Di, pues paga una mujer
a quien la escucha un secreto.

ALDONZA: Es verdad; pero no en mí,
que el saberlo me costó
mil penas.

LUIS: Páguelo yo
con tu amor.

ALDONZA: ¿Querrásme?

LUIS: Sí.

ALDONZA: Aunque tu dureza es tal,
con nueva esperanza llevo,
pues los golpes sacan fuego
del más duro pedernal.

Digo, pues, escucha.

LUIS: Di.

ALDONZA: Que vine a entrar donde estaba
tu dama.

LUIS: Ya lo sé; acaba.

ALDONZA: ¿Consientes el nombre?

LUIS: Sí.

ALDONZA: Luego ¿es tu dama?

LUIS: ¿Pues no?

ALDONZA: ¡Y a mí que me paren duelos!

LUIS: ¡Oh! Pues, ¿si repican celos?

ALDONZA: ¡Oh! Pues, si no he de ser yo
 tu dama, cuéntelo ella.

LUIS: Vuelve, espera, que tú eres
 entre todas las mujeres.

ALDONZA: ¿Tu esposa?

LUIS: Mi prenda bella.

ALDONZA: Esta dama de ajedrez,
 pues se queda con el nombre,
 y sin el dueño, aunque es hombre,
 que la pagará otra vez.

LUIS: No haré tal si me ha ofendido.

ALDONZA: Pues no ha ofendido en verdad,
 que si muestra voluntad
 es el señor su marido;
 que en saliendo de la calle
 tu persona amartelada,
 entró tentando la espada
 otro de tan lindo talle;
 y apenas tocó en la reja,
 cuando la buena señora,
 porque esperaba la hora,
 puesta a sus hierros la oreja,
 le respondió y ordenó
 un diálogo que llamas
 duo de galanes y damas,
 cual le tengamos tú y yo.
 "Alma, vida, corazón,
 quiero, estimo, adoro, amo,
 busco, pido, sigo, llamo;
 ventura, tiempo, ocasión;
 fe, lealtad, constancia, gloria;
 obras, palabras, deseos,"
 y otros gustos y trofeos,
 reliquias de su victoria.

LUIS: ¡Ay de mí!

ALDONZA: Mucho más hay
 en su venturosa suerte;

pídele, pues, a la muerte,
 si tienes celos, un ay,
 que aquesta noche los dos
 tienen, crüel, de gozarse,
 y esotro día casarse
 con la bendición de Dios.

LUIS: Basta, calla, que aunque veo
 mi desengaño en tu hablar,
 la lengua te he de cortar,
 que puedo más que Tereo.
 Ni me hables ni veas jamás;
 vete.

ALDONZA: Harélo; aunque me pesa,
 pues el ave que está presa
 por librarse se ata más.

Vase

LUIS: ¡Oh, tiempo riguroso! ¡Oh, noche aleve
 encubridora del amor tirano!
 ¡Oh, quién al ángel que a los cielos mueve
 pudiera detener la diestra mano!
 ¡Oh, quién al día, cuyo curso breve
 la sucesora noche sigue en vano,
 le pudiera aumentar mil horas largas,
 por más que á mi temor fueran amargas!
 Extranjero, ladrón, rico dichoso,
 metal de estima lejos de su origen,
 río a larga corriente caudaloso,
 pues ondas tuyas mi chalupa afligen,
 dinero con mujeres poderoso,
 cuyas arenadas letras vencen, rigen,
 atropellan, subliman, sueltan, prenden,
 dan, quitan, menosprecian y defienden;
 atrevido, cobarde, avaro, franco,
 maná que a todo sabes, ¿qué me quieres?
 Dinero en reales blancos cuyo blanco
 es al que miran hombres y mujeres,
 si estás como en galera puesto en banco,

¿por qué me haces remar? ¿por qué prefieres
a mi amor el de César extranjero?
Mas ¿quién es natural como el dinero?

*Salen don DIEGO, leyendo una carta, y
LILLO*

DIEGO: Beso mil veces la amorosa firma
de aquella mano venerable y santa
cuya memoria tierna me confirma
el bien que espero y mi temor espanta.
"Juana" no más por humildad se firma,
que es cifra Juana y la abundancia es tanta
de gracia en Juana, que a su letra vista
la puede acreditar San Juan Bautista.

LUIS: Mi padre viene y por su edad anciana,
contrario a mi deseo y verdes años,
favores busca de la Santa Juana;
no sé si diga en mi opinión engaños.
¡Ay de mí triste! Que a su tiempo vana
produce mi esperanza tantos daños.

LILLO: ¡Y ay de mí! Que he purgado en pie y vestido
en verso suelto el alma y el sentido.

DIEGO: ¿Quién da voces, que en ellas me parece
mi caro don Luis?

LUIS: Yo soy, que siento
de mi fortuna que en desdichas crece
la fuerza que ha de hacer mi fin violento.
Muero rabiando, que morir merece
en tierna edad un loco pensamiento;
rabiando, pues jamás tendrá ventura
para gozar del gusto que procura.

DIEGO: Querido hijo, imagen de mi alma;
calor de mi vejez helada y fría;
de mis trabajos merecida palma,
siempre verde laurel, corona mía,
cuando parece que en serena calma
navega mi esperanza en quieto día,
se me obscurece el cielo porque sienta

cifrada en ese rostro mi tormenta.

De mis hijos, Luis, fuiste el postrero;
tomó la muerte en los demás venganza,
quedaste sólo, y como tal te quiero,
por no tener de otros esperanza.
Cuando tu atrevimiento considero
como eres tú mi ser y semejanza,
si quiero castigarte, al punto digo,
no dice bien amor con el castigo.

Luis, ¿qué tienes? ¿quién te da disgusto?
No sólo al corazón, al rostro llega.

Abrázale

¿Hate faltado en ocasión de gusto
Fortuna aleve, que es mudable y ciega?
Gasta mi hacienda, tu deleite es justo,
inventa galas, enamora, juega,
mi amor conoces, mi escritorio sabes,
saca dineros, ves aquí las llaves;

mas--¡ay de mí!--que en esta carta leo
otras razones de mayor estado.

La santa Juana culpa mi deseo
dándome de tu bien mayor cuidado;
su aviso santo y su prudencia creo,
que no suele gozarse mal logrado
el hijo libre, si en edad tan tierna
su padre no le enseña y le gobierna.

Una cuenta santísima me envía
porque en el nombre de tan alta cuenta
me acuerde que he de darla cada día
de esa tu edad y libertad violenta.

Ea, pues, hijo, cara prenda mía,
como pasados tus descuidos cuenta
y vive de manera que tu vida
no la dejen los vicios mal perdida.

LUIS: ¡Oh, mal haya mi vida, pues en ella,
cuando yo rabio tu sermón escucho!
Quien dio de corta edad larga querella,

de el mundo y de su ley no sabe mucho.
 ¿Tan vicioso soy yo? ¿Tan mala estrella
 me precipita? Con tus quejas lucho,
 y pienso yo cuando me miro y veo
 que aquesa monja me pintó más feo.

¿Qué cosa hay en el mundo tan cumplida
 que no llegue a tener alguna falta?
 El sol hermoso, padre de la vida,
 con un eclipse se obscurece y falta;
 el diamante, en firmeza no vencida
 que con sus rayos los del sol esmalta,
 no está de faltas y malicia ajeno,
 porque, deshecho, sirve de beleno.

La tierra, el agua, el aire, es bueno y malo,
 y ya sirve tal vez un elemento
 de gusto, y da al manjar vida y regalo
 y tal vez de castigo y de tormento.
 Humano soy, por serlo los igualo,
 a uno tendré quejoso, a otro contento;
 soy bueno y malo, ajeno de artificio,
 tendré alguna virtud como algún vicio.

No mida más la monja por su gusto
 los de mi edad, que puede ser que sea
 de esta mi injusta vida el fin tan justo
 que ella le envidie cuando en mí le vea;
 y si no se pretende mi disgusto,
 ni se reciba cuenta ni se lea
 carta de Santa Juana, que es lisonja
 llamarla santa cuando sobra monja.

DIEGO: Ya te debo responder
 a dos cosas. La primera,
 don Luis, porque quisiera
 que mudases parecer,
 es en la estima y respeto
 de Santa Juana, a quien yo
 por ver que le mereció,
 guardarle siempre prometo;
 porque si Naamar me avisa
 que tanto estima y respeta

la santidad de un profeta
 y aquella tierra que pisa,
 que lleva a su patria de ella
 por reliquia soberana,
 yo estimo a mi Santa Juana
 su tierra y sombra por ella.

Ninguna disculpa salva
 a quien culpa un religioso,
 que suele vengar un oso
 el murmurar de una calva;
 cuanto y más que si recibes
 por su oración y virtud
 los consejos, la salud
 y hasta la vida que vives,
 no la debes murmurar,
 porque parecen tiranos
 contra José sus hermanos,
 pues él les lleva el manjar
 y ellos le venden a él;
 pasión de envidia inhumana,
 y sustenta Santa Juana
 a quien le vende crüel.

LILLO: ¡Que tantas letras alcance
 y las historias que escucho
 un viejo! Pero ¿qué mucho,
 si hay sermones en romance?

DIEGO: La segunda cosa es
 que, respetando su nombre,
 agora vivas como hombre
 y como santo después;
 que si yo te di el consejo,
 no fue por darte pesar,
 sino que quise pagar
 la deuda de padre y viejo.

Hablan entretanto padre e hijo

LILLO: Agora llega mi vez,
 y convertido en doctor.

si quieres sentir, señor,
y dar alegre vejez
a tu padre, está en mis manos
su salud y vida. Espera.

Récipe: una purga entera
de Cubas y sus villanos,
y verás que en pocos días,
como yo, si a esto te atreves,
serás un santo si bebes
purga de bellaquerías
sin quedar una no más,
porque hice mil seguidillas,
más que la cera amarillas,
y fui poeta por detrás.

LUIS: Padre mío, estoy de suerte
que no me puedo alegrar,
y pienso que has de llorar
por culpa tuya mi muerte
si no me haces un favor
y me cumples un deseo.

DIEGO: Dile, hijo, que no creo
que te le niegue mi amor.

LUIS: César me importa que esté
por esta noche en prisión.

DIEGO: Pues, ¿cómo o por qué razón?

LUIS: (Buena es la que imaginé.) Aparte
Por las cuchilladas que hoy
tuvo conmigo a mi puerta.

DIEGO: Poca razón, aunque cierta.
A darle noticia voy
a un alcalde amigo mío,
que, sin mostrar que es hacer
mi causa, le hará prender
de justicia.

LUIS: Yo confío
de tu amor y diligencia
que me ha de dar este gusto.

DIEGO: Vence, aunque no fuera justo,
el autor a la conciencia.
Yo voy.

LUIS: Vamos, Lillo, pues.

LILLO: Pienso que tu mal gobierno
nos va llevando al infierno
como recua a todos tres.

*Vanse. Salen MARÍA, monja, y la
SANTA*

MARÍA: Doña Ana Manrique está,
madre, de un mortal dolor
de costado cual dirá
esta carta, y con temor

Dásela

yo de que está muerta ya.

Fue de don Jorge mujer,
y por lo que a los dos debo,
madre, llevo a interceder
por ella. A mucho me atrevo
pero por mí lo ha deshacer.

Escríbele, madre mía,
que ruegue por ella a Dios
que es hoy el séptimo día,
y a mí, por ver que las dos
nos hacemos compañía.

También me escribe le acuerde
esto mismo, madre Juana.
Duélase de la edad verde
de su devota doña Ana
que aprisa la vida pierde.

SANTA: Siempre doña Ana Manrique
con obras y devoción
me ha obligado a que publique
su valor y mi afición
le muestre y le signifique;
y así yo tendré el cuidado
que a su mucho amor le debo,
y Dios será importunado
de mí, pues siempre me atrevo

a su llaga de el costado
 en cuya fuente divina
 la experiencia y la esperanza
 salud y vida imagina,
 que aun al dueño de su lanza
 le sirvió de medicina.

En su costado pondré
 el dolor que en él padece
 doña Ana, y Jesús le dé
 la salud que ella merece,
 si no por mí, por su fe;
 que fue mi perseguidor
 don Jorge, y por su persona
 la debo tener amor,
 pues me labró la corona
 de tanto precio y valor.

MARÍA: ¡Ay madre del alma mía!
 Que renueva la memoria
 que de él tengo cada día.
 ¿Si está don Jorge en la gloria,
 cómo de Dios se confía?
 Si por ventura padece
 en purgatorio por mí,
 ¿qué más la causa merece
 que en este mundo le di?

SANTA: Dios es quien le favorece.
 Vaya y tráigame recado
 de escribir; responderé
 a la carta que me ha dado.

MARÍA: Favor debido a la fe
 que doña Ana la ha mostrado.

Vase sor MARÍA

SANTA: Sabe Dios cuánto deseo,
 como la madre María,
 saber el dichoso empleo
 de don Jorge desde el día
 que murió, que aunque sé y creo

que Dios a mi instancia y ruego
le perdonó, y es notorio
que ha de gozar su sosiego,
no sé si en el purgatorio
aún da materia a su fuego.

*Aparécese un toro, al parecer de bronce,
echando llamas*

Regalado Esposo mío,
soy, como mujer, curiosa
de saber. Ruego y porfío
que fue el alma venturosa
de don Jorge; en Vos confío.

Sacan el toro echando fuego

Pero ¿qué monstruo de fuego
de otro Fálaris tirano,
cielos, turba mi sosiego?
Laurel, Ángel soberano,
que os dejéis ver, pido y ruego.

*Sale el ÁNGEL por arriba, después don
JORGE*

ÁNGEL: ¿Cuándo fue el enamorado
de la dama que pretende,
si llamado importunado,
pues que viene y condeciende
luego, a su amor y cuidado?
Aunque yo no he merecido,
Juana mía, el ser tu amante,
Dios es por quien he venido,
y en tu amoroso semblante
su paje de guarda he sido.

SANTA: Con la quietud y reposo,

Ángel mío, que estáis vos,
sereno el rostro y hermoso,
bien dice que veis a Dios
y que le gozáis glorioso.

*Ábrese por un costado el toro y esté
dentro Don Jorge*

¡Ay mi Laurel!

ÁNGEL: Muestra aliento;
mira a don Jorge en sus penas.

JORGE: Vuelve, Juana, el pensamiento,
que en penas de penas llenas
excedo al rico avariento;
mas, por lo mucho que alcanza
tu oración, de los favores
de Dios espero bonanza,
que entre las llamas mayores
es céfiro la esperanza.

En el purgatorio estoy
por tu favor y merced;
pues de mí te acuerdas hoy
y es tan terrible mi sed,
piadosas voces te doy

Madre Juana, la ocasión
tienes de pagar agravios
con piadoso galardón;
recrea mis secos labios
con agua de tu oracion.

Encúbrese

SANTA: Alma pacífica, en medio
de tantas penas espera,
que yo por darte remedio
estas penas padeciera.
¡Si hallar pudiera algún medio!

Baja el ÁNGEL

ÁNGEL: Basta el deseo que tienes
 para que a don Jorge valga
 la ayuda que le previenes;
 por ti querrá Dios que salga
 a gozar, Juana, sus bienes.

SANTA: ¡Qué bien conoces quién es
 el dueño de aquesa gloria!
 Eres nube de sus pies;
 por mí no encubrió la historia
 de sus ángeles Moisés;
 mas antes que tu hermosura
 me deje triste y se parta,
 la salud que aquí procura
 doña Ana en aquesta carta,
 Laurel divino, asegura.

ÁNGEL: ¿Quisieras tú que yo fuera
 y que a doña Ana Manrique,
 salud en su nombre diera,
 por que de tu amor publique
 honra y fama verdadera?

SANTA: Por mí no; mas por la gloria
 que ha de resultarle a Dios
 de aquesta hazaña notoria.

ÁNGEL: Vamos a verla los dos;
 será tuya esa vitoria.

SANTA: ÁNGEL mío, dadme luego
 vuestras alas y favor.

Sale MARÍA con tinta y papel

MARÍA: Madre Juana, tarde llego,
 si hay tardanza en el amor;
 escriba a Madrid la ruego;
 mas ¡ay de mí! que la veo
 penetrando el aire puro.
 Goce yo de ese trofeo.

Alguna prenda procuro
cual de Elías a Eliseo.

Arroje siquiera el velo,
si Elías arrojó el manto.

SANTA: Hermana, tenga consuelo,
no soy digna, ni levanto
por tanto tiempo mi vuelo;
yo volveré a verla luego,
que voy a ver a doña Ana.

Desaparece

MARÍA: Sin vos no tendré sosiego.
Yo voy a contarlo, Juana,
con doce lenguas de fuego.

*Vase. Salen LILLO y don LUIS, como de
noche*

LILLO: Si va a decir la verdad,
cosa que no suelo hacer,
yo no acabo de entender
tu enredada voluntad.

LUIS: ¿Qué dudas? Pregunta.

LILLO: Escucha.
Cuando hablé a la madre Juana,
en la cual, con ser humana,
la divinidad es mucha,
me dijo un largo sermón
que te dijese y no digo,
porque pienso que contigo
podría más un salmón;
y al fin cifró sus consejos
con que el hombre es vidrio en todo;
quíébranse del mismo modo
los vasos nuevos y viejos.
No es el concepto muy grave
a quien no le entiende bien.

LUIS: Yo sí entiendo.

LILLO: Y también
un tabernero lo sabe.
Volví a Madrid con respuesta
esta tarde, en ocasión
que tratabas de prisión
de César. La duda es ésta:
¿para qué has hecho prender
este ginovés, que ha dado
sospechas de que ha quebrado,
y a quién has venido a ver?

LUIS: ¿Dudas más?

LILLO: ¿No son tres dudas
el por qué, cómo y a quién,
y por ser hombre de bien,
por dudas, no se ahorcó Judas?

LUIS: ¿Prendieron a César?

LILLO: Sí;
que apenas llegó, un soplón
a un alguacil motilón,
no de los graves de aquí.

LUIS: ¿Qué es motilón?

LILLO: Alguacil
de la villa. ¿Esto no sabes?

LUIS: Pues ¿quién son esotros graves?

LILLO: En criminal y en civil
los alguaciles de corte
son como más estimados
..... [-ados]
..... [-orte]
los de córte, si los pones
en danza los más honrados,
maestros y presentados
y esos son los motilones.
Embolsáronle en la red;
que una vara pesca ya
ginoveses.

LUIS: Porque está
preso te he de hacer merced
de un vestido.

LILLO: Tal que pueda
parecer tu mayordomo.
Fácil es hacerle.

LUIS: ¿Cómo?

LILLO: De tus marañas de seda.

LUIS: Respondiendo a tu pregunta,
digo que él tiene una dama
hermosa y de mucha fama.

LILLO: Ésa es mucha gracia junta;
pero pregunto, ¿héisla visto
por la mañana en ayunas?

LUIS: ¿Por qué?

LILLO: Porque sé de algunas
que, antes de tomar el pisto,
la unción, el ajo, el betún,
el no sé cómo le llame,
tienen una cara infame
y un frontispicio común;
y después de preparado
de el rostro, alguna mujer
tiene mejor parecer
que puede dar un letrado.

LUIS: Basta decir que es muy bella.

LILLO: No basta.

LUIS: Pues ¿por qué no?

LILLO: Quiero contestarme yo,
si tengo de hablar con ella.

LUIS: Pues por gozar de esta dama
que pretendo y solicito,
al ginovés se la quito,
por más que le quiere y ama,
porque esta noche tenía
aplazado el primer bien.

LILLO: Luego, ¿es doncella también?

LUIS: Doncella, por vida mía.

LILLO: Las doncellas de por vida
se han dado agora en mudar
en doncellas al quitar.

LUIS: Es doncella y bien nacida.

LILLO: ¿Así que nació doncella?

Esó aún se puede creer
de tan honrada mujer
por tu respeto y por ella.

LUIS: Yo vengo, en fin, a gozar
esta cesárea afición.

LILLO: Tú vienes a ser ladrón;
Amor te ha de disculpar.
Dijo un buen entendimiento,
por cortesano lenguaje,
que la ocasión tiene un paje
llamado arrepentimiento;
porque es forzosa razón
que se duela y se arrepienta
cualquier persona que sienta
que se pasó la ocasión;
y tú, que en aqueste ensayo
nadie quieres que te ultraje,
por excusar aquel paje
vienes con este lacayo.

LUIS: Calla, que ya en la ventana
hacen señal.

LILLO: Pues espera,
que si ella te conociera
fuera tu esperanza vana.
Déjame. Llegaré yo,
y creerá que soy criado
de César.

LUIS: Bien has pensado.

Sale a la ventana doña

INÉS

LILLO: ¿He de llegar?

LUIS: ¿Por qué no?

INÉS: ¡Ce!

LILLO: De.

INÉS: ¿Sois vos?

LILLO: ¿Eres tú?

INÉS: ¿Es César?

LILLO: Y caballero
con seis letras de dinero
bien venido del Pirú.

LUIS: ¿Qué dices?

LILLO: Aún no me ha oído.

LUIS: Habla como su criado
y no como él.

LILLO: Yo he pecado;
que pude ser conocido.

INÉS: ¿Quién es?

LILLO: Soy un servidor
o orinal de César, que
viene con él, y llegué
por él hablarla. ¿Señor?

INÉS: No me hables que le está mal
a mi honor. Entra, que es hora.

LILLO: Ya llega César, señora,
como un reloj puntual,
como un reloj concertado,
como un reloj cuidadoso,
como un reloj dadivoso
y como un reloj armado.

LUIS: ¡Mi bien!

INÉS: Entrad, gloria mía;
gozad, César, la ocasión.

Vanse

LILLO: Si es César o Cicerón
allá lo veréis de día.
Pero ¡por Dios, que he quedado
a la luna de Valencia!
El no entrar fue impertinencia,
lacayo soy serenado.
Bien me pudiera yo ir
a acostar, porque mi amo
no puede, si yo le llamo,
socorrerme ni acudir.
No me acuerdo que haya santo

abogado contra el miedo.
 El mejor santo es san Credo
 y si alguien viene san Canto.

Sale don DIEGO y habla cada una de por sí

DIEGO: Preso está César, y temo
 alguna gran travesura
 de Luis, que es quien procura
 que esté preso.

LILLO: Por extremo
 tiemblo.

DIEGO: He venido a rondar
 esta calle, por si acaso
 le hallo.

LILLO: Ya siento un paso;
 Judas debe de pasar.

DIEGO: La casa de doña Inés
 pienso que es aquélla; sí.

LILLO: Un bulto negro está allí,
 Mauregato pienso que es.
 Voyme, que es descortesía
 defenderle yo la puerta.

DIEGO: Pues él se va, cosa es cierta
 que no es su casa. Querría
 saber quién es. ¡Hola, hidalgo!

LILLO: No soy hidalgo.

DIEGO: ¿Galán?

LILLO: No soy galán.

DIEGO: ¿Sacristán?

LILLO: No soy sacristán.

DIEGO: ¿Sois algo?

LILLO: No soy nada; que es mejor
 no ser nada en paz que mucho
 en guerra.

DIEGO: Escuchad.

LILLO: Escucho.

DIEGO: ¿Es Lillo?

LILLO: Yo soy, señor;
 y si no supiera yo

que es mi amo quien me humilla,
 triunfara con la espadilla
 que muchas bazas ganó.

DIEGO: ¿Dónde está Luis?

LILLO: No sé.

DIEGO: Pues, ¿no está aquí?

LILLO: Sí, estará.

DIEGO: Luego, ¿sabes dónde está?

LILLO: No sé yo si estará en pie,
 sentado, acostado o cómo;
 porque el amor y Mahoma
 permiten que duerma y coma
 sin decirnos duermo y como.

DIEGO: No sé si entraré; no es justo
 darle pesadumbre en eso;
 pues su contrario está preso,
 huélguese, siga su gusto.

 ¡Ay, Amor, qué mal cumplís,
 las leyes de vuestro honor!
 Mas soy padre, tengo amor,
 y no más que a don Lúís.

 Huélguese, que aunque no es justo
 haberle en esto ayudado,
 más quiero verme culpado
 que verle a él con disgusto.

 Quedaos Lillo.

Vase

LILLO: ¡Oh, padre tierno,
 amoroso y tan sufrido
 que, de amor desvanecido,
 llevas tu hijo al infierno!

Sale don LUIS

LUIS: ¡Oh, mal haya!

LILLO: ¿Ya lo escupes?

¿Tan malo es el bodegón?

LUIS: En gozando la ocasión
nunca más la calle ocupes.

Sale CÉSAR

CÉSAR: El alcaide, aficionado
de mi dinero y de mí,
me da licencia que salga
por esta noche a dormir
a mi casa.

LUIS: Gente suena.

LILLO: Si suena será nariz.
¿Si es tu padre?

LUIS: Sea quien fuere,
vámonos, Lillo, de aquí.

*Vanse don LUIS y LILLO. Sale a la ventana
doña INÉS*

INÉS: Ya perdido el primer sueño
será imposible dormir,
y así quiero ver si César
se fue ya. ¿No es aquél? Sí.
César, mi bien...

CÉSAR: Inés mía,
dichoso he sido en venir
a tal punto, pues mi amor
a la reja recibís.
No sabéis como estoy preso
por un señor alguacil,
que es como necesidad
con cara de hereje al fin.
Prendióme por causa leve,
que apenas llegué a reñir,
sino a mostrar de mi espada
el toledano buril.

INÉS: ¿Cómo no me lo habéis dicho

hasta aquí?

CÉSAR: Porque no os vi
hasta agora.

INÉS: ¿Cómo es eso?
César mío, ¿qué decís?

CÉSAR: Digo, mi bien, que estoy preso,
y por dineros salí
esta noche de la cárcel,
y mi amor vengo a cumplir.
Mandad, señora, a una esclava
de quien fiando os servís,
que, porque espero a la puerta,
venga más de prisa a abrir.

INÉS: ¿Qué decís, César?

CÉSAR: ¿Qué digo?
¿Qué confusión hay aquí
de lenguas? Nunca yo os dije
cosas de amor en latín.
Mandadme abrir; no os burléis.

INÉS: Si vos no os burláis de mí,
no os entiendo.

CÉSAR: ¿Cómo no?

INÉS: Pues ¿agora no salís?

CÉSAR: Sí, señora, de la cárcel.

INÉS: No, sino de mi jardín,
donde, en amorosos lazos,
palabra de esposa os di;
donde, con atrevimiento
más que fuera justo en mí,
Venus matizó las rosas
de mi mal logrado abril.

CÉSAR: ¿Qué es lo que decís, Inés?
Yo no soy, porque no fui
el venturoso ladrón,
abeja de ese jazmín,
Otro Paris ha gozado
lo que a mí me atribuíis,
que no guarda más sus frutos
el paraíso de Madrid.

INÉS: Ya, cortesano extranjero

y desatino gentil,
 te entiendo; ya sé que niegas
 las prendas que yo te di.
 No es este lugar de quejas
 ni he de dar voces aquí;
 mujer soy, si me injuriaste
 yo me vengaré de ti.

Vase doña INÉS

CÉSAR: Escucha, engañada hermosa;
 mira si fue don Luis
 el ladrón del dulce sueño
 que ha tenido tan mal fin.
 Él es, sin duda ninguna.
 ¡Plegue a Dios, si fuese así,
 que marchite y seque el tiempo
 la verde edad de mi abril!
 ¡Plegue a Dios no vuelva
 a Italia sin padecer y sentir,
 tormentas donde me anegue
 sin darme ayuda el delfín!
 ¡Plegue a Dios que Dios me falte
 si no me vengare en ti
 o matándote o muriendo,
 pues es vengarse el morir!

Vase. Sale la SANTA sola

SANTA: ¿No sabremos, cuerpo bajo,
 qué cansancio o aflicción
 os da pena? Mas no son
 ruINÉS para el trabajo.
 ¿Diréis que andáis todo el día,
 lo que el coro da lugar,
 ocupado, ya en curar
 monjas en la enfermería,
 ya en los ejercicios santos

del fregar y del barrer,
ya en ir al horno a cocer
el pan para pobres tantos,
ya en llevar de la obediencia
el yugo, y querréis decir
que ya no podéis sufrir
tanto ayuno y penitencia,
que os dé descanso de hoy más?

¿Y parecerá muy bien
que, cual los hijos de Efrén,
volváis la cabeza atrás,
cuando la victoria espera
el premio que merecéis,
y que cansado os paréis
en mitad de la carrera?

No, cuerpo, hasta la vitoria,
si la queréis alcanzar,
todo ha de ser pelear,
que al fin se canta la gloria.

Quien quiere tener caudal
cuando el alma se despida
en el día de la vida
ha de ganar el jornal
que en la noche de la muerte,
como el jornalero, cobra;
que no ha de alzar de la obra
hasta la noche el que es fuerte.

Caminad, que se apresura
la noche, y si tenéis cuenta,
a vista estáis de la venta,
si es venta la sepultura;
si viene el cansancio,
echalde, y anídeos el interés
por que no os digan después
que tomáis el pan de balde.

*Salen la VIRGEN, nuestra señora, y el
niño JESÚS, el ANGEL y otro ANGEL arriba. Toquen
chirimías*

VIRGEN: ¡Juana!

SANTA: Virgen amorosa,
 luna, sol, palma en cadés,
 plátano, cedro, ciprés,
 lirio, clavellina, rosa.

JESÚS: ¡Dulce esposa!

SANTA: Eterno amante,
 David, Salomón, Asuero,
 hombre Dios, león, cordero,
 pastor, Rey, niño, gigante,
 siempre he de subir a veros,
 amor, con santa ventaja.

JESÚS: Así ensalzo al que se abaja.

SANTA: Amores son verdaderos.

JESÚS: ¿Qué haces?

SANTA: Reprender,
 mi Dios, un cuerpo holgazán
 que, comiendo vuestro pan,
 la carga deja caer
 que la religión encierra;
 pero como fue formado
 de tierra y está cansado,
 no hay quien le alce de la tierra.

VIRGEN: ¿Quiéreste, Juana, venir
 con nosotros?

SANTA: Si ha de ser
 el ir para no volver,
 no tengo que prevenir;
 todo, reina soberana,
 está a punto; vamos luego.

JESÚS: A mi celestial sosiego
 irás brevemente, Juana;
 ruegos de tus monjas son
 los que hasta aquí han impedido
 tu muerte.

SANTA: Tu amor ha sido,
 mi Dios, larga dilación
 de este destierro pesado;
 y siendo, Señor, así,

con David diré, "¡Ay de mí,
que me le habéis prolongado!"

Pero, amores, ¿dónde bueno
vais, que así me convidáis?

JESÚS: A recrearte.

SANTA: Bien dais,
amoroso nazareno,
muestras que es vuestro blasón
el amor que aquí os envía.

JESÚS: Ven.

SANTA: En vuestra compañía
todo será recreación.

Dejadme, mi Dios, besar
estos soberanos pies,
porque a los vuestros después,
Virgen, me pueda postrar.

JESÚS: ¡Ay prenda cara, y qué de ello
te quiero!

SANTA: ¡Qué tal escucho!
¡Ay mi Dios!

JESÚS: ¿Quiéresme mucho?

SANTA: Mucho.

JESÚS: ¿Cuánto?

SANTA: Tanto de ello.

JESÚS: Pídeme mercedes.

SANTA: Pido
dos cosas no más, mi Dios;
mas siendo tan largo Vos
corta en el pedir he sido.
Un muerto y un vivo son
los que por intercesora
me han puesto, y de Vos agora
tienen de alcanzar perdón.
El alma, Esposo divino,
de don Jorge está penando
y entre llamas apurando,
como metal rico y fino,
los quilates de aquel oro
que en vuestra mesa ha de estar;
yo le vi, Señor, penar

dentro de un ardiente toro,
 con un tormento excesivo;
 alcance yo de estos pies
 que esté ya libre.

JESÚS: ¿Quién es
 el segundo?

SANTA: Un muerto vivo;
 muerto en vicios vino al mundo.
 Es, mi Jesús, don Luís,
 y si Vos le reducís
 tendréis un Saulo segundo.

JESÚS: Hijo que desobedece
 a su padre, Juana mía,
 y en sus pecados porfía
 obstinado, no merece
 mi perdón.

SANTA: Sí, sí, mi Dios,
 que es mi devoto su padre;
 pues sois su divina Madre,
 Virgen, pedídselo vos.

VIRGEN: Hijo, a cosa que os suplica
 Juana, no digáis de no.

JESÚS: Madre, no sea; cesó
 mi enojo.

SANTA: Ya quedo rica.

JESÚS: Yo haré que, cual otro Saulo,
 si a la virtud hace guerra,
 caiga don Luis en tierra
 y imite después a Paulo.

SANTA: ¿Y de don Jorge, Señor?

JESÚS: Por ti, Juana, le perdono.

SANTA: Vuestro eterno amor pregono.

JESÚS: Hoy a mi eterno favor
 subirá.

SANTA: ¿Qué, por los dos
 tal favor se me concede?

VIRGEN: Sí, que todo aquesto puede
 Juana de la Cruz con Dios.

Toquen chirimías, y vanse

todos

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salen don DIEGO, don LUIS y LILLO

DIEGO: Seguro estás, hijo ingrato,

de que no culpe y condene

tu injusto y vicioso trato.

Porque mi lengua no tiene

palabras, no te maltrato.

Será tu culpa mayor

no hallarse castigo igual

en palabras ni en rigor,

que aun no sé decir el mal

que sabes tú hacer mejor.

Tus vicios me han retirado

de Madrid, y la prisión

fingida, el amor pasado;

no estoy como Cipión

con más honra desterrado,

sino por vicios ajenos,

por necesidad, jamás

honrosa para los buenos;

no sabré decirte más

ni tú sabes hacer menos.

LUIS: ¡Con sermones cada día,

sin por qué ni para qué!

¡Oh, qué enfadosa porfía!

¿Estoy yo falto de fe,

o he venido de Turquía?

¿Qué he hecho yo que no sea

lo que un caballero mozo

si no es cartujo desea?

¿Qué quieres? Mis años gozo

como mi edad los emplea.

¿He sido yo, cual Nerón,
que quiso mudar el ser
por variar el afición?
Querer bien a una mujer
es marca de discreción.

LILLO: Y a dos y a tres y a tres mil,
y a cuantas el mundo abarca;
sea hermosa, noble, vil,
no es culpa mayor de marca
y no es marca de gentil.

LUIS: ¿Tú predicas?

LILLO: ¿Y te pesa?
¿Qué motilón no aprendió
a echar también su traviesa,
y si en el púlpito no,
predica sobre una mesa?

DIEGO: Como todos en mi casa
de tus daños participan,
y toda por ti se abrasa,
los que pueden se anticipan
a llorar el mal que pasa;
como has jugado y perdido
la hacienda, que es sangre y vida,
cualquiera será atrevido
a culparte de homicida,
pues tu flaqueza ha sentido.

LUIS: Ya jugué, ya se perdió;
también se pudo quemar
la hacienda.

LILLO: ¿Y no se quemó?

LUIS: La hacienda es para gastar,
que para guardarla no.
Ninguna moneda es buena
no más que para dar peso
a un arca pesada y llena;
si no ha de servir más de eso
bien puede henchirse de arena.

LILLO: Eres leído; ese ardid
usó con agüelos míos

o tuyos mi agüelo el Cid,
 mas no consiente judíos
 guardosos nuestro Madrid,
 que el señor Lercio, el pobre,
 gasta más de, lo que tiene
 y el tercio antes que le cobre;
 y al guardoso le conviene
 prestar de lo que le sobre.

DIEGO: No alabo yo de prudente
 a quien detuviese un río
 y guardase la corriente:
 ese fuera desvarío,
 pues corre continuamente.
 Coger la que es menester
 y la demás agua pase,
 pues hoy vendrá como ayer.
 Quien tiene renta no tase,
 guarde ni estreche el poder,
 que los ríos y los juros
 corren siempre, están sus dueños
 de la agua y renta seguros,
 y no han de ser más pequeños
 sus gastos, ni ellos más duros;
 pero es necio el que a la fuente
 del río y de la hacienda,
 deshace y rompe y no siente
 que, cuando después pretenda
 agua y río, no hay corriente.
 Mis posesiones vendí;
 ya no tengo posesión
 ni buena esperanza en mí;
 retiréme a Torrejón,
 mi sepulcro tendré aquí;
 éste has querido dejarme
 que no le vendas jamás,
 y no ha sido por honrarme,
 mas porque no viva más
 ni falte donde enterrarme.

LUIS: Déjame ir. ¿Qué galera
 es ésta? ¿No basta el remo,

sino atado al banco?

DIEGO: Espera.

LUIS: ¿Cómo he de esperar, si temo?

Déjame esconder siquiera;
son mis costumbres feroces,
mi vida áspera e inculta;
si por fiera me conoces,
la fiera luego se oculta
que siente pasos y voces.

¿No hay Indias? Italia y Flandes,
¿no pagan sueldo al soldado?
Que vuelva, pues, no me mandes,
que en mis males he juzgado
verte y oírte por grandes.

DIEGO: Escucha, que ya el temor
de padre que te castiga
quiere aplacar el rigor,
aunque se murmure y diga
que soy vasallo de amor;
que de mi pasión arguyo
que alma y vida perderé;
pues gusto, aunque es malo el tuyo,
no sólo que digan que
esclavo soy, pero cúyo.

Si con honrosas ventajas
siguieras en una impresa
el ronco son de las cajas,
que el honor que se interesa
ilustra personas bajas,
eso, Luis, ¿por qué no
pudiera ser? Que soldado
honraras a quien te honró;
mas irte desesperado
eso no lo diré yo.

Espera y pretenderé
en Madrid alguna plaza
honrosa que el rey te dé,
porque con industria y traza
se alcanza lo que hoy se ve.

El rey me la prometió.

cuando le anduve sirviendo,
y para ti diré yo
que la plaza, Luis, pretendo,
que cuyo soy me mandó.

Cuando, después, victorioso
volvieses y acrecentado
con algún oficio honroso,
no pagues lo que te he dado;
gózalo tú y sé dichoso,

que aunque es de tu padre y tuyo
el bien, ni aun correspondencia
de tu ingrato pecho arguyo,
y así yo le doy licencia
que no diga que soy suyo.

LUIS: Suéltame el brazo, que entiendo
que es del mar y que me anega.

Derribale

DIEGO: Con nueva razón me ofendo,
y ya mi pasión es ciega
si vengarme no pretendo.

Apartas con tanta ira
de tus brazos mi flaqueza
que he caído; ¿no te admira
que está a tus pies tu cabeza,
y que Dios te escucha y mira?

LUIS: El viejo es fruta madura,
cáese ella misma y se pierde.

DIEGO: Es verdad, y más segura
y más dulce que la verde
y más tan amarga y dura.

La misma comparación
puso alabando a los viejos,
aquel prudente Catón,
que en sus maduros consejos
hay salud, gusto y sazón.

LUIS: Pues cuando la fruta verde
está en almíbar süave,

amargura y daño pierde,
 y así hay mancebo que sabe
 más de que algún viejo acuerde.
 Más discreto soy que vos.

Dale con el pie y vase don LUIS

Levantaos y pasaré,
 que no cabemos los dos
 en el mundo.

DIEGO: Llega el pie
 que abrasen rayos de Dios.

Por el pie aleve y escala
 este ya violado templo
 donde tu pie se señala.

Dios le corte para ejemplo
 de quien en culpas te iguala.

Bien haces, traidor; levanta
 contra mí, pues yo la he hecho,
 esa mal trazada planta,
 cuyo edificio deshecho
 deje la venganza santa.

Salen los pastores, CRESPO, BERRUECO, y MINGO

CRESPO: ¿Voces, clamores, rüido
 y salir echando chispas
 don Lüis? Desgracia ha habido.

BERRUECO: ¡O que le piquen avispas;
 que es un bárbaro atrevido!

Pero ¿no ves cómo está
 levantándole del suelo
 Lillo al viejo?

MINGO: Entremos ya.

CRESPO: ¡Oh, malos truenos del cielo,
 que quemen al que se va!

¿Qué es esto, señor?

DIEGO: No fue,

no tiene ser el pecado.

BERRUECO: ¿Quién os derribó y por qué?

Que él se verá derribado
de Dios si le asienta el pie.

DIEGO: No quiero que se alborote
Torrejón.

CRESPO: Pues ¿de eso dudas?

Es un Judas Iscariote
don Luís, y mató Judas
al padre con un garrote.

LILLO: No hay quien a contar acierte
lo que hoy ha sufrido el cielo.

DIEGO: Ya fragua un rayo más fuerte.
Voy a quien me dé consuelo,
que es Juana en mi adversa suerte.

Vanse don DIEGO y LILLO

CRESPO: No viniera un ciego aquí,
y otras veces son prolijos,
y rezaran, Mingo, ansí,
"Padres, los que tenéis hijos,
criadlos bien, porque sí."
Mas volvámonos, compadre,
porque mi niña quedó
muriéndose, y ya sin madre
quedará, y quedaré yo
sin un perro que me ladre.

Sale CÉSAR

CÉSAR: ¿Por qué, si sabéis, amigos,
le lleva ansí a los hombros
Lillo a su amo?

CRESPO: Hay testigos
que vieron con mil asombros
de venideros castigos
que don Luis le derribó

y dio con el pie al volver
a su padre, y le dejó;
que es víbora y quita el ser
al dueño que se le dió.

CÉSAR: No creo yo de don Luis
esa nueva mentirosa.

CRESPO: Muy en su favor venís.

CÉSAR: Don Lúis no hiciera cosa
tan buena como decís.

MINGO: ¿Esto es bueno?

CÉSAR: En la ocasión,
porque maltratar al padre
de tan mal hijo es razón,
y en dar la muerte a su madre
fue justísimo Nerón;
que quien tal monstruo parió
merecido premio fue
morir por él cual murió,
y es justo poner el pie
en quien tal monstruo crió.

CRESPO: ¡Andaos a plomosías!
Vamos, mi niña veremos,
que son al fin cosas mías.

Vanse los tres PASTORES

CÉSAR: Siguiendo al fin tus extremos,
honor, al campo me envía.
Aquí dicen que ha venido
mi enemigo don Lúis;
si os tiene tanto ofendido,
César, A tiempo venís
que todo lo halláis vencido.
A don Lúis no conviene
temer, que eso mesmo le ata
las manos; vencido viene,
que quien su padre maltrata
cierta la desdicha tiene.
Y si pensaba Caín,

muerto ya su hermano Abel,
 con ser menos culpa, en fin,
 que la tierra iría tras él
 hasta darle un triste fin,
 en don Lúis que dice o piensa
 que está mi espada envainada,
 mejor vengaré mi ofensa
 estando contra él la espada
 de Dios alzada y suspensa.

Sale la SANTA sola

SANTA: Albricias, alma mía,
 que ya de vuestro bien se acerca el día,
 y el destierro cumplido
 que ausente de la patria os ha tenido,
 el soberano Esposo
 llamándoos a su tálamo amoroso,
 con música os convida
 a eterna paz, a enamorada vida,
 al néctar de su vista deleitoso,
 al real palacio, a la tranquila casa
 donde no llega el mal ni el bien se pasa.
 Con el salmista hebreo
 cante, cual cisne, amor, vuestro trofeo;
 decí a vuestro querido,
 "Alegre estoy, mi Dios, de lo que he oído,
 dichosa habitadora
 seré de la ciudad donde el bien mora;
 ya se pasó el invierno
 ya se acerca el abril y el mayo tierno
 que el cierzo no marchita ni desflora.
 Jerusalén, tus calles infinitas
 veré empedrar de jaspes y margaritas."

Sale el ÁNGEL

ÁNGEL: Juana: ¿qué nuevo canto
 te iguala al cisne?

SANTA: ¡Ay, mi custodio santo!
 ¡Ay mi laurel divino,
 mi guarda compañero y mi padrino!
 Del contento que encierro
 pedí albricias. Alzáronme el destierro.
 Mañana, ángel, mañana,
 veré con vos la patria soberana
 rotos los grillos del pesado hierro
 que Adán echó a los hombres, de tal suerte,
 que no hay romperlos otro que la muerte.

ÁNGEL: La invención sacrosanta,
 mañana, de la Cruz celebra y canta
 todo el mundo, y en ella
 te quiere Dios llevar a su Sión bella.
 En semejante día
 naciste al mundo para su alegría,
 el hábito tomaste
 y en este santo día profesaste.
 Juana eres de la Cruz, pupila mía,
 la Cruz adoras y en su día subes
 pasando estrellas y pisando nubes.

SANTA: Para tan grande fiesta
 como me ofrece amor y Dios me empresta,
 cuando mi bien señalas,
 laurel divino, vuélveme mis galas;
 mi guardajoyas fuiste,
 la púrpura que el mismo Dios se viste
 de la cruz y los clavos
 que dieron libertad a sus esclavos,
 y la corona que guardar quisiste
 me puedes, Ángel, dar, porque con todas
 pueda subir a celebrar sus bodas.

ÁNGEL: La cruz de Cristo, dama,
 está a la cabecera de tu cama;
 los clavos y corona
 que el reino de tu Esposo y bien pregona
 por único monarca,
 guardadas tengo, Juana mía, en el arca
 de tus joyas divinas,
 donde tienes cilicio y disciplinas,

y otra prenda de amor que en cuanto abarca
el sol no la hay más rica ni más bella,
en el arca te espera; corre a vella.

SANTA: ¿Qué prenda es, Ángel santo,
la que me da mi Esposo y vale tanto?

ÁNGEL: No vale Dios más que ella.

SANTA: ¡Ay prenda soberana! ¡Ay joya bella!
¿Y en el arca encerrada
la tiene Dios?

ÁNGEL: En ella está guardada.

SANTA: ¿Qué joya es, Ángel bello?
Decidlo, que me muero por sabello.

ÁNGEL: Para que tu alegría sea doblada
no lo sabrás por más que lo deseas
hasta que abriendo el arca tu bien veas.

Vase el ÁNGEL

SANTA: Albricias, madres mías,
tocad a fiesta; haced mil alegrías,
venid cantando todas
veréis la joya de mi amor y bodas.
¡Ah, arca soberana!
¿Por qué no vas a verla, indigna Juana?
Alegraos, cielo, tierra,
por la joya que Dios en mi arca encierra,
por lo que en ella mi ventura gana.
Madres, vengan, verán mi prenda rica,
pues sólo es bien el que se comunica.

Salen MARÍA, monja, y otra MONJA

MARÍA: Madre: ¿qué voces son éstas?

SANTA: Si vieran lo que me ha dado
mi divino enamorado,
hicieran conmigo fiestas.
¡Oh, qué prendas manifiestas
tengo, madres, del amor

de mi divino Señor!
 ¡Oh, qué joya tengo entre ellas
 que aventaja a las estrellas
 en belleza y resplandor!

MARÍA: ¿Dónde está? Vámosla a ver,
 sí nuestro amor lo merece,
 que, pues tanto la encarece,
 notable debe de ser.

MONJA 1: Pues ¿no podremos saber
 qué joya es?

SANTA: No lo sé yo,
 madres, que quien me la dió
 decírmelo no ha querido,
 porque el bien no prevenido
 en mucho más se estimó.

*Descúbrese una arquilla curiosa sobre una
 mesa*

Pero, pues el arca es ésta
 o, por mejor decir, zona
 de los clavos y corona
 que son galas de mi fiesta,
 hoy he de hacer manifiesta
 a todos la dicha mía,
 y la joya que me envía
 mi Dios les he de mostrar
 por que puedan celebrar
 justamente mi alegría.

Hinquen las rodillas todas.

Híncanse

MONJA 1: ¿Qué será?

MARÍA: Nuevos favores
 de Dios, cada vez mayores.

SANTA: Centro feliz que acomodas
 las ventas de nuestras bodas;

velo hermoso, aunque pequeño;
 depósito de el empeño
 que el amor ha puesto en ti;
 nave, que del Potosí
 trae riquezas de mi dueño,
 haz manifiesto el tesoro
 que apetece mi deseo;
 fe tengo, con ella creo
 lo que sin ver en ti adoro;
 salga de su mina el oro
 que a mi ventura prevengo,
 que, pues a gozarle vengo
 sin saber lo que es diré,
 "Tan rica estoy que no sé,
 gran Señor, lo que me tengo."

*Ábrese el arca y sale entre nubes doradas el
 Santísimo Sacramento*

Pero ¡ay cielos! ¿Qué ventura
 es ésta?

MARÍA: ¡Milagro extraño!

SANTA: Pan que fertiliza el año

Toquen poco

de la celestial hartura;
 maná de eterna dulzura,
 blanco que señala Juan,
 medalla de amor galán,
 pues a mi arca habéis venido,
 diré que habéis proveído,
 mi Dios, el arca del pan.

Mas, decidme, Esposo amado,
 ¿a qué a mi arca venís?
 ¿De qué enemigos huís,
 que os acogéis a sagrado?
 ¿Si porque os he celos dado

os escondéis para prueba
 de mi amor? Ya sé que os lleva
 a que acechéis almas fieles
 por ventanas y cancelas,
 mas por arca cosa es nueva;
 mas como parto mañana
 a la patria de la vida
 preveníame la comida,
 providencia soberana.

*Aparécese el ÁNGEL junto al arca
 detrás de ella*

ÁNGEL: Esta forma, amada Juana,
 comulgó un hombre en pecado
 que está muerto y condenado,
 y saliendo de él se vino
 a tu poder.

SANTA: ¡Qué divino
 favor! ¡Qué tierno bocado!
 Con tan divinos despojos,
 ¿quién me iguala, laurel santo?

MONJA 1: Llena de amoroso llanto
 estoy.

SANTA: Fin de mis enojos,
 pan de leche, pan con ojos
 vos cumplisteis la esperanza
 de mi bienaventuranza;
 mañana os comulgaré
 y la gloria alcanzaré,
 pues llevo en vos la libranza.

*Toquen poco. Encúbrese el Ángel y el
 arca*

MONJA 1: Llena de confusión santa
 voy.

MARÍA: ¡Que tanto Dios regale

un alma! La luz que sale
de su hermoso rostro es tanta
que nos deslumbra y espanta.

MONJA 1: Con tal reverencia quedo,
que no oso hablarla, aunque puedo

MARÍA: ¿Quién su dicha no pregona,
dándote Dios tal patrona,
reino ilustre de Toledo?

Vanse las MONJAS

*Salen los pastores, CRESPO, BERRUECO y
MINGO*

CRESPO: Si no me la resocita
yo me ahorco, madre Juana

SANTA: ¡Oh hermanos!

CRESPO: Firmeza hermana;
y mos ama, no permita
tal desgracia.

SANTA: Pues ¿qué ha sido?

CRESPO: Mis pecados deben ser.
Cenó mi Elvirilla ayer
unos berros, que han urdido
mis penas, que tiene tacha
de comerlos. Socedió
--¡ay Dios!--que la dije yo,
"No comas berros, mochacha."

SANTA: ¿Y pues?

CRESPO: Comió un amapelo
entre los berros, y luego
tomó las de Villadiego
y afufólas para el cielo,
que acá mos solos tenía;
era sola y viudo yo,
que Mari Crespa murió
dicen que de hipocresía.

BERRUECO: De hidropesía diréis.

CRESPO: Sea lo que huere, en fin;
 ella heredaba un mastín,
 seis gallinas y otros seis
 pollos, un majuelo, un banco,
 un barbecho y un rastrojo;
 un buey, aunque tuerto y cojo;
 un asno sin cola y manco,
 una cama, un arambel
 con la historia de Tobías
 cuando al gigante Golías
 mató junto a Peñafiel,
 y otras cosas, que só rico.
 ¡Mirad vos qué hemos de her
 sin hijos y sin mujer
 el buey y yo y el borrico!
 Dadle vida, que es afrenta
 que de comer ensalada
 muera una mujer honrada
 sin estar calenturienta.
 Si la matara el dotor
 entre los más que ha matado
 que, aunque necio, es licenciado,
 diérame menos dolor;
 que, en fin, el puebro y alcalde
 le pagamos y hace bien,
 en matarnos, que no es bien
 que le paguemos de balde;
 mas un amapelo crüel
 no es bien. Sanad mi dolor,
 que se correrá el dotor
 de no haberla muerto él.

SANTA: No seáis tan malicioso.

CRESPO: No es malicia hablar verdad.

Sale don DIEGO

DIEGO: Madre, estos labios honrad
 con esos pies; vergonzoso
 vengo y con razón a vos

por no tomar los consejos
que, en ser vuestros, son espejos
de la claridad de Dios.

SANTA: Señor don Diego: no es
aquese vuestro lugar.

DIEGO: No os oso al rostro mirar,
y así me postro a los pies.
Un hijo que a intercesión
vuestra, madre, Dios me ha dado
y por haberse criado
con la santa educación
vuestra en su tierna niñez,
imaginé que aprendiera
virtudes, con que me diera
después alegre vejez;
con las alas que mi amor
le ha dado, la libertad
de su loca y moza edad,
el poco freno y temor
que rompe y desprecia ya,
tan en mi daño ha salido
que, si la culpa he tenido,
la pena él mismo me da,
por darle yo larga rienda.
A tal extremo ha llegado,
que habiendo desperdiciado
la honra con el hacienda
que le di como indiscreto
y él no supo disponer,
por no tener que perder
viene a perderme el respeto;
aconsejástesme vos
con tiempo que no le diese
tanta licencia y temiese
la estrecha cuenta de Dios.
Pudo más su amor conmigo;
por su causa a Dios dejé,
y así quiere que me dé
él mismo, madre, el castigo.

SANTA: Y es razón, que a quien el yugo

de Dios por sus gustos trueca
 sea el mismo por quien peca,
 señor don Diego, el verdugo;
 que no por ser don Lúis
 vuestra sangre era razón
 no enfrenar su inclinación;
 que la sangre, si advertís,
 con ser la vida y substancia
 del cuerpo y más excelente
 humor, la saca el prudente
 cuando daña su abundancia.

Cuando los límites pasa
 un hijo y la ley de Dios,
 sacad esa sangre vos
 y echadla, señor, de casa,
 que, si no es por este medio
 y no os permitís sangrar,
 mal os podremos curar
 agora que no hay remedio.

A mi Esposo he suplicado
 que de don Lúis y vos
 se duela. Es todo amor Dios;
 su real palabra me ha dado
 de enfrenar su juventud.
 Vos le pudierais sanar,
 que no siempre se ha de dar
 por milagro la salud;
 pero, como escarmentéis,
 explicaréselo agora.

DIEGO: Si vos sois mi intercesora,
 madre, ¿qué no alcanzaréis?

CRESPO: ¿Y mi hija, madre Juana?

SANTA: A mi Esposo celestial
 rogaré.

CRESPO: Ya olerá mal;
 ruégueselo presto, hermana.

Sacan la NIÑA muerta

SANTA: Dos padres piden, mi Dios,
 a vuestro amor excesivo
 por dos hijos: uno vivo
 y otro muerto. Pues sois Vos
 camino, verdad y vida,
 dádsela a los dos, que en calma
 están, al uno en el alma,
 que en vicios muerta y perdida
 pide por ella su padre,
 y a la otra en el cuerpo. En esto
 haréis, Señor, manifiesto
 que me amáis.

NIÑA: ¡Ah Juana madre!
 ¿Por qué del sosiego eterno
 me sacas, si en él me ves,
 para que crezca después
 y me condene al infierno?
 ¿Por qué del sacro sosiego
 y del lugar celestial
 quieres que al mundo mortal
 vuelva a tu instancia y tu ruego?
 Posando estoy; adiós, madre;
 ¿a qué he de volver al suelo
 pudiendo siempre en el cielo
 encomendarle a mi padre?

TODOS: ¡Gran milagro!

SANTA: Escarmentar
 en aqueste ejemplo pueden
 todos los padres que exceden
 la justa ley en amar
 a sus hijos demasiado.

DIEGO: Admirado, madre, voy.

SANTA: Señor don Diego, desde hoy
 veréis vuestro hijo enmendado.

DIEGO: ¡Gran santa!

Vanse la SANTA y don DIEGO

BERRUECO: Desde este día

mis hijos castigaré;
 a azotarlos voy a fe
 que si el padre que los cría
 con libertad se condena,
 que no ha de haber quien me note
 en eso.

MINGO: Yo haré un azote
 que de docena en docena
 los sacuda.

CRESPO: Voy a dar
 tierra a Elvira.

BERRUECO: ¡Oh, quién pudiera,
 porque mujeres no hubiera,
 cuantas viven enterrar!

Vanse. Salen LILLO y don LUIS

LILLO: Tamañito estoy, que un niño
 me meterá en un zapato.
 Yo, señor, ya no te riño,
 que quien tiene tan mal trato
 no ha menester más aliño;
 pero no quiero que venga,
 sobre ti un rayo de Dios,
 y estando yo cerca tenga
 en que entender con los dos.
 Voyme, por fin de mi arenga;
 dos amos de malos tratos
 bastan, que el temor me amansa;
 no quiero terciar contratos
 de amor, que el diablo se cansa,
 dicen, de romper zapatos.

LUIS: Ya te habías de haber ido.

LILLO: No pagas; porque me pagues
 lo que debes me despido.

LUIS: Mira, Lillo, no me estragues
 la paciencia.

LILLO: ¿Hete servido?

LUIS: Sí.

LILLO: ¿Hasme pagado?

LUIS: Sí y no.

- LILLO: Dime tú esa adivinanza,
porque no la entiendo yo.
- LUIS: Ya te pagué en esperanza,
que alguno en ellas pagó.
- LILLO: ¿Dísteme otra cosa?
- LUIS: Sí;
más de dos bellaquerías
que has aprendido de mí,
y valen en estos días
las indias de un Potosí.
Pregúntale a la riqueza
por qué comunica menos
con los hombres de nobleza
o ingenio al fin, con los buenos,
que ellos tienen más probeza,
y responderá al momento,
porque de mentira, engaño
y maldades me sustento,
y nunca sabe hacer daño
el de noble entendimiento.
Luego, si yo te he enseñado
enredos, mentiras mías,
traza de rico te he dado,
y en moneda que estos días
vale y corre té he pagado.
- LILLO: Pues no pasa esa moneda
en Torrejón.
- LUIS: ¿Por qué no?
Bien hay quien trocarla pueda,
que siempre el engaño halló
quien sus mentiras hereda.
- LILLO: Mis miembros que están desnudos
no admiten estas razones,
que engaños no son escudos.
- LUIS: Son con dos caras doblones.
- LILLO: Pues págame tú en menudos,
o haré a la justicia alarde
del tiempo que te he servido.
- LUIS: Vete, villano cobarde,
que desde aquí te despido.

LILLO: Ya llegó el despido tarde;
que yo [ya] me despedí.
¡Que éste es el blasón que saco!

LUIS: ¡Por Dios si paras aquí!

LILLO: Más vale servirme a mí
para servir a un bellaco.

*Vase. Habla la voz de un ALMA
dentro*

ALMA: Hombre.

LUIS: El paso, la persona,
el movimiento, la voz,
todo pienso que pregona
temor que lengua feroz
el aire denso inficiona.

Sale un ALMA, de galán

ALMA: ¡Hombre!

LUIS: Aunque dices mi nombre,
y tú pareces lo mismo,
me das causa que me asombre
y esté en un confuso abismo,
viendo que me llamas hombre,
y bien me puedo ofender
porque hombre sólo es afrenta,
pues no dice más del ser
y otro cualquier nombre aumenta
valor, hacienda y poder.

ALMA: Como vos no tenéis más
de ser hombre el ser desnudo
sin el bien que los demás,
hombre os llamé y temo y dudo
que no lo fuistes jamás.

Cuando deshecha se ve
y borrada una pintura,
para dar noticia y fe

de ella, escribirse procura
 su nombre y quién ella fue;
 y así, hombre, no os asombre
 que siendo imagen de Dios
 borrada, que aun no sois hombre,
 porque os conocáis en vos
 de hombre os dé sólo el nombre.

LUIS: Como crecen los agravios
 va creciendo en mí el temor.
 Decid, pensamientos sabios,
 ¿cómo no siento valor
 en el pecho ni en los labios?
 ¿Yo, cuanto más ofendido,
 más temeroso y turbado?
 ¿Qué nueva mudanza ha sido?
 ¿Quién eres? No te he llamado
 hombre, ni lo has parecido;
 porque un hombre igual a mí
 solo y con armas iguales
 no le temiera yo así.

ALMA: Aunque mienten las señales,
 no soy cuerpo, un alma sí;
 un amigo y el más cierto
 vuestro fui.

LUIS: ¿Qué fugitivo
 temor mi rostro ha cubierto?
 ¿Quién eres, que entierra el vivo
 su memoria con el muerto?

ALMA: Soy don Juan, el que en la corte
 en tierna edad y con vos,
 hice de mi gusto el norte.

LUIS: Amigo caro,--¡por Dios!--
 que tu rigor se reporte.
 Y dime: ¿en qué parte estás?
 ¿entre almas gloriosas?

ALMA: Menos.

LUIS: ¿Entre condenados?

ALMA: Más.

LUIS: ¿En el purgatorio? Buenos
 indicios de fe tendrás.

ALMA: Allí estoy por atrevido,
por libre, por descortés
a mi padre.

LUIS: ¿Y ha tenido
muchas penas quien lo es,
alma, porque yo lo he sido?

ALMA: Tantas tengo, que al momento
me acordé de vos y quise
daros algún sentimiento,
y aunque no dejan que avise
su gente el rico avariento,
yo, que en más noble lugar
estoy, por la Santa Juana
os he venido a avisar,
que experiencia soberana
y memoria os pienso dar.

LUIS: ¿Es tan grande e inhumano,
como el fuego del infierno
el del purgatorio?

ALMA: Hermano,
aunque regalado y tierno,
llegad la vuestra a mi mano.

*Danse las manos y sale de ellas una llama de
fuego*

LUIS: ¡Ay, que me abraso y me quemo,
no sólo la mano y palma,
sino el alma! Morir temo.

ALMA: ¡Hombre, que os avisa un alma!
Mudad el vicioso extremo.

Vase

LUIS: Mano de fuego, esperad,
no os apaguéis; mas por Dios,
que con la luz que dais vos
descubro yo una verdad,

pero no tanta crueldad,
 aunque es venganza forzosa,
 haced dos luces piadosa;
 sed justa viendo propicia,
 misericordia y justicia,
 que una sin otra es dañosa.

Dios mío, este fuego labra
 nueva vida; desde luego
 pondré la mano en un fuego
 que he de cumplir mi palabra.
 Vuestro tesoro se abra
 de gracia, a quien llevó aquellos
 pecados por los cabellos,
 que yo no puedo, mi Dios,
 ir con ellos yendo a Vos,
 ni sin Vos librarme de ellos.

Vayan arrastrando, lleguen,
 pues llevo en la mano luz,
 al Rojo mar de la cruz
 donde se limpien y aneguen.
 Ningunos respetos nieguen
 el bien que el alma ganó;
 no hay inconvenientes, no,
 que me estorben mi deseo,
 pues siendo cambio Mateo
 con cielo y tierra se alzó.

Padre de mi alma, espera,
 que sí a mirarte me atrevo,
 Dios me dará un libro nuevo
 y el del cordero quisiera;
 ya entiendo su verdadera
 música y puedo enseñar
 en esta mano a cantar,
 que en esta mano si vive
 se ve lo que no se escribe
 sino es al Rey Baltasar.

*Vase. Salen tres PASTORES, don DIEGO, CÉSAR,
 doña INÉS y los más que
 pudieren*

PASTOR 1: Nuestra madre se nos muere,
nuestro amparo, nuestra Santa.

Cielos, ¿qué habemos de hacer?

PASTOR 2: No castigéis nuestra patria
con tal azote, mi Dios.

PASTOR 3: Dadnos, nuestra madre amada,
nuestra salud, nuestra vida,
y el amparo de la Sagra.

INÉS: ¡Ay de mí, triste sin ella!

DIEGO: Si muere la Santa Juana,
¿qué aguarda más mi vejez?

CÉSAR: Mostradnos, madres amadas,
el cuerpo de nuestra madre,
para dejar consolada
nuestra tristeza y pesar.

INÉS: Madres: las puertas se abran
para ver este tesoro.

TODOS: Mostradnos, madres, la Santa.

Sale una MONJA

MONJA: Por cumplir vuestros deseos,
antes que del cuerpo salga
de este ángel el alma bella,
que ya apresta su jornada,
es justo que la veáis.

*Descubren una cortina y aparecerá la SANTA de
rodillas con un Cristo en la mano y coronada la cabeza como la pin-
tan y las MONJAS a sus lados, y estén sobre una tarima a
forma de cama*

DIEGO: Madre nuestra, madre Juana,
¿por qué nos dejáis tan tristes?

SANTA: Sosegad, hijos, las ansias.

PASTOR 2: ¿Quién ha de poder, si vemos
perdida nuestra esperanza?

Sale don LUIS

LUIS: Juntos están. Pediré
de mis culpas la venganza.
Humilde estoy a esos pies,
veis aquí, César, mi espada
para vengar los delitos
que la justa muerte aguardan,
y así digo que gocé
a doña Inés, y palabra
doy, si gustáis, de su esposo.
Dejad ofensas pasadas
si acaso el perdón merece
una culpa confesada.
Padre mío, yo os suplico
que, no mirando a mis faltas,
me perdonéis como a hijo.
Perdón pido, madre Juana,
rogad a los dos por mí,
y a Dios que sane la llama
de este fuego riguroso;
rogádselo, madre santa;
humilde el favor os pido;
por vos el perdón aguardan
mis pecados.

SANTA: Levantad,
hijo; que mejor alcanzan
esas lágrimas con Dios
el perdón que mis palabras.
Yo rogaré de mi parte
que Él os conserve en su gracia,
y a don Diego y César pido
que perdonen vuestras faltas.

DIEGO: Basta que vos lo pidáis
para quedar perdonadas.

CÉSAR: Perdón y brazos os doy.

LUIS: Vuestra nobleza se ensalza
con este nuevo favor,

y merced tan señalada,
que perdón tan liberal
de vos sólo se esperaba.

DIEGO: Dad a doña Inés la mano,

LUIS: Mas—¡ay de mi, virgen Juana,
ya estoy sano de aquel fuego
que tanto me atormentaba!

INÉS: Yo me tengo por dichosa,
después de tantas desgracias,
pues he venido alcanzar
mis perdidas esperanzas.
Yo soy, señor, vuestra esposa.

*Descúbrese de rodillas sobre una tarima,
puestas las manos La SANTA elevada, y a sus lados las MONJAS
hincadas de rodillas*

SANTA: Hijos, adiós, que me llama
mi Esposo. Allá, en su presencia,
tendrá eternamente España,
y en ella este reino ilustre,
una propicia abogada.
Esposo, venid por mí.

Dentro

JESÚS: Sube a gozar, prenda santa,
los premios de tus trabajos.

Toquen poco

DIEGO: ¡Gran suerte!

TODOS: ¡Visión extraña!

ALDONZA: Madre, ¿que os vais de esa suerte?

SANTA: Quedaos a Dios, prendas caras.
¡Mi bien!

Aparece el niño JESÚS

JESÚS: ¡Mi esposa!
 SANTA. ¡Mi Dios!
 JESÚS: Con las joyas soberanas
 de mi cruz, corona y clavos,
 te recibo.
 SANTA: Joyas santas.
 Cruz mía, con vos nací,
 Juana de la Cruz me llama
 el mundo, y es justa cosa,
 Cruz, pues sois mi joya amada,
 que vos me llevéis al cielo,
 y por que segura vaya,
 en vuestras manos, Señor,
 os encorniendo mi alma.
 JESÚS: Ven a mi palacio eterno.
 DIEGO: El corazón se me arranca.

Suben la tramoya

ÁNGEL: Aquesta corona y silla
 es para la Santa Juana.

Tocan

LUIS: ¡Oh, venturosa mujer!
 Si tus divinas hazañas
 se hubieran de reducir
 a poemas, no bastaran
 cuantos ingenios celebra
 con tanta razón España.
 Quédese a la devoción,
 pues que las lenguas no bastan.

FIN DE LA COMEDIA